

BOLSILIBROS
BRUGUERA

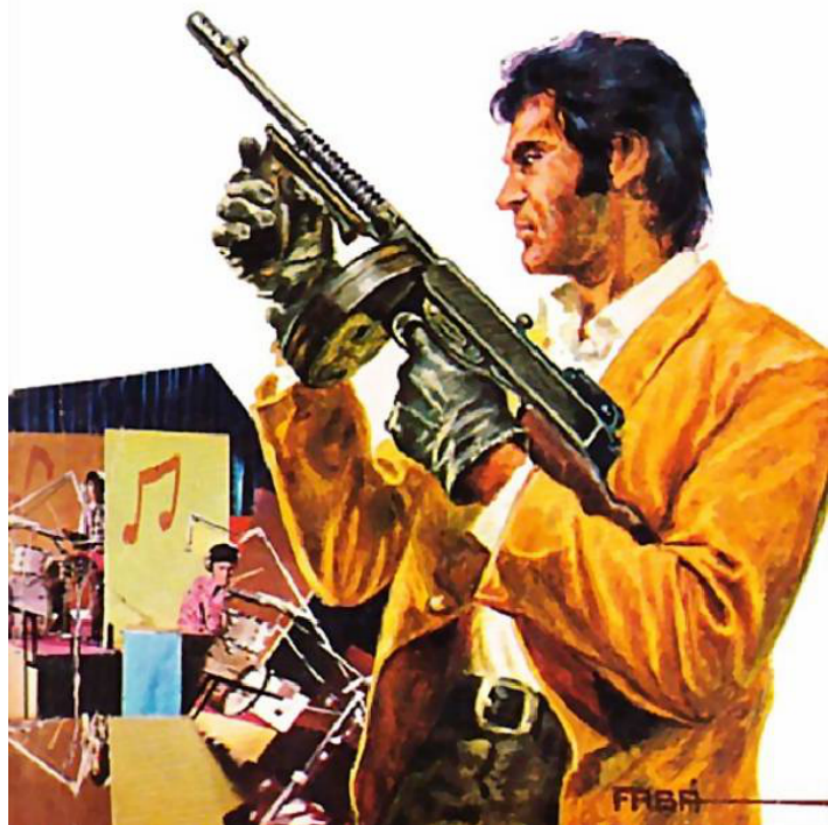
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

una dulce canción en el infierno

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

UNA DULCE CANCIÓN EN EL INFIERNO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.277

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 47.064 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1975

© Silver Kane - 1975

Texto

© Salvador Fabá - 1975

Cubierta

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975**

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
 - 1.319 -El *sheriff* y las viejecitas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
 - 1.273 -Un refresco de sangre y piña.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
 - 736 -Infierno: capital, Dodge City.
- En Colección KANSAS:
 - 666 -Un buitre llamado Cox.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
 - 1.014 -Demasiadas faldas en Wichita.
- En Colección ASES DEL OESTE:
 - 502 -Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
 - 733 -Oklahoma Bloody.
- En Colección COLORADO:
 - 637 -Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
 - 751 -Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
 - 661 -La muerte pidió un empleo.
- En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
 - 265 -Los cuatro de Nevada.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
 - 78 -Mariposas negras.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
 - 15 -Un «Colt», una mujer y un diablo.

PRÓLOGO

La muchacha despertó bruscamente de su sueño. Tenía las facciones lívidas y estaba sudando copiosamente. Pero su sudor era helado y le hacía sentir una sensación pegajosa en las manos, en las mejillas. Se tocó el cuerpo y le pareció que aquellos muslos, aquellas caderas, no eran de ella misma.

Le había ocurrido como muchos años antes, cuando solo era una niña. Entonces siempre soñaba que se abría una puerta y aparecía en ella una figura negra. Echaba a correr, pero la figura la perseguía. Sus pies parecían de plomo. Veía un pasillo largo, interminable, a cuyo final no llegaba nunca. La silueta negra cuyo rostro no llegaba nunca a ver, ganaba terreno. Notaba al cabo de poco, tiempo, su aliento cálido en la nuca. Una mano fría se posaba en su espalda. Y, entonces, invariablemente, despertaba con una sensación de terror.

Veía la puerta de su dormitorio, bien cerrada, los muebles conocidos, y se iba tranquilizando.

Ahora todo había sido igual, o casi igual; acababa de tener un sueño muy parecido.

Sólo que, al despertar, no se había encontrado en su dormitorio. Estaba en una sala desierta, y la puerta, ante sus ojos, oscilaba muy levemente, como si el viento la moviese. Producía un «ñec-ñec»

de madera vieja que helaba la sangre. La muchacha la miró con expresión de aturdimiento, creyendo que el sueño aún continuaba.

Pero no se veía ninguna figura negra. Y ella estaba totalmente sola allí.

Sintió frío.

La luz de la luna que entraba por las grandes ventanas, era lechosa y tétrica.

Se puso en pie y se dirigió hacia aquella puerta. Quería cerrarla.

El ruidito que producía al oscilar sobre sus goznes la ponía frenética.

Quedó detenida en el umbral.

Vio entonces la sombra, al fondo. La sombra negra.

Pero esta vez no era un sueño.

Quedó como petrificada en el umbral, con los ojos desencajados mirándola.

Y de pronto un golpe brusco de viento cerró la puerta a su espalda. Quedó sola en el pasillo, sin más compañía que la de aquella estremecedora silueta. Sus manos temblaron. Le parecía que las paredes despedían ruidos furtivos, que la luz de la luna se hacía densa e irreal. Quería gritar, pero la voz no salía de su garganta.

La muchacha boqueó dos veces angustiosamente. Y entonces pudo gritar. El terrible alarido partió de su garganta.

Pero nadie la oía, tenía que huir, huir... Sus pies recobraron el movimiento y echó a correr de pronto. Vio ante ella el pasillo. Era largo, eterno... igual que en el sueño. No se terminaba nunca. No llegaría jamás a su final. Notó que la sombra se aproximaba, que ya estaba casi junto a ella. El aliento cálido llegó a su nuca.

La manó se posó en su espalda, pero ahora ella no despertó como otras veces. No despertó porque no estaba dormida.

El cuchillo se hundió en su espalda. Se hundió lenta, sabiamente: Ella quedó pegada a la pared, mientras por sus labios escapaba una bocanada de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Tendida en el diván, Clara Donovan no se preocupaba que la posición de sus piernas fuera la que adoptaría una señorita correcta. Con la confianza que le daba el trato casi diario con Gordon, mostraba unas líneas que a este le hacían sentir mareo. Pero fingió no darse cuenta y adoptó una actitud meramente profesional mientras abría la cartera.

—Traigo el resultado de las últimas ventas en la Bolsa de Valores —dijo—. Ha ganado usted mucho dinero, señorita Donovan.

Ella dijo distraídamente:

—Bien.

—Tres cuartos de millón —concretó.

Creyó que la cifra despertaría la atención de la muchacha, pero ella se limitó a repetir:

—Bien.

—Ejem... Bueno, supongo que eso significa que da usted su conformidad a todo. Aquí tiene las pólizas para que las firme. Ahora solo falta ir a cobrar, aunque la venta está realizada. Me permito llamar su atención sobre la inteligente política de inversiones que estamos efectuando, señorita Donovan.

—Me parece perfecto.

—Hum... Está usted muy poco expresiva hoy, señorita Donovan.

—¿Qué voy a decir? Es que todo me parece estupendo.

—No es para menos... También he adquirido una opción sobre unos terrenos que van a subir como la espuma, cuando el plan de autopistas del estado de Nueva York se modernice. No le oculto, Clara, que su fortuna está subiendo mucho.

—Y yo se lo agradezco, Gordon. Tendré que recompensarle mejor de cómo lo estoy haciendo hasta ahora.

—No se trata de eso... Yo le sirvo con el mayor desinterés.

Administrar sus bienes es un placer. Pero en fin... Yo no quiero dinero. Verá... si usted se decidiese a pensar en ello... Bien mirado es absurdo que usted y yo...

Clara Donovan hizo un suave gesto con la mano derecha.

—Yo le aprecio mucho, Gordon. Pero nada más. Le ruego que comprenda eso y no lo tome como una ofensa.

Él apretó los labios.

—No hay tanta diferencia de edad. Yo tengo veintisiete años. Usted veinte.

—Cierto... Y conozco su honradez. Su padre ya administraba los bienes del mío. Pero será mejor que por el momento no cambiemos la relación que nos une, Tom.

Tom Gordon asintió.

—Estos son los resultados que tenía que darle —dijo un tanto secamente—. Firme las pólizas, por favor. Y le dejaré los comprobantes para que los repase. Quiero que usted esté segura de mi gestión.

—¡Pero si ya lo estoy!

—Yo no lo juraría. Cada vez está más distraída cuando yo vengo.

Clara Donovan cambió la posición de sus seductoras piernas. Tom Gordon pensó que quizá estaba engordando demasiado, a causa del forzado reposo. Pero no hay onza de más cuando solo se tienen veinte años. Todas encajan perfectamente en la arquitectura femenina.

Clara tomó un periódico que había dejado antes sobre el diván, a sus pies.

—Había una cosa que me distraía.

—¿El periódico? ¿Por qué?

—Publica dos noticias interesantes. Y a propósito, ¿cuánto dinero en metálico puede desembolsar en este momento?

—Pues... prácticamente lo que usted quiera. Su cuenta corriente está por las nubes. ¿Por qué lo pregunta?

—Por esas dos noticias. Una de ellas dice que mi viejo colegio está en venta.

—¿Y... y trata de...?

—Las cosas parece que han ido mal. La institución perdió su fama y apenas tenían alumnas. Desde que se cometieron aquellos

dos crímenes... En fin, tienen que cerrar, y el enorme edificio, con todas sus instalaciones, está en venta.

Gordon arrugó el ceño.

—No querrá usted continuar el negocio...

—No, claro que no.

—Pues si lo único que le interesa es el inmueble, hace una pésima inversión. Aquella zona no tiene el menor porvenir. Va a quedar orillada por los futuros planes de carreteras.

—De todos modos, quiero comprarlo. No toleraría que una persona extraña lo destruyese, lo convirtiera en... en garaje o en un parador para enamorados de los fines de semana. Allí pasé los mejores años de mi vida. Quiero conservarlo.

—¿Cuánto piden por él?

—Tres millones.

Tom Gordon hizo un gesto con el que no trataba de disimular su contrariedad.

—Tres millones tirados... El ser rico no es excusa para ser tonto... Perdona que se lo diga. Su padre no lo hubiera hecho.

—Mi padre no tenía sentimientos.

—Y por eso le pudo dejar una montaña de millones. ¿Y usted qué dice a eso? ¿Eh? ¿Qué?

Clara Donovan no hizo caso.

Estaba acostumbrada a que Tom Gordon, quien veneraba el dinero, le dijese aquellas cosas.

—Compre —decidió.

—Me permito recordarle que aún no está demasiado bien de salud, Clara. Un viaje allí no le conviene, porque su corazón aún está fatigado. Le interesa seguir con esta vida de reposo.

—Si voy allí, sería como máximo dentro de quince días. Ah, otra cosa...

—¿Aún más?

—Me refiero a la otra noticia del periódico. Antes de media noche ha de presentarse en el Palacio de Justicia. Y ha de depositar una fianza de cien mil dólares para que suelten a Lorena Hawson.

Él casi brincó.

—¡Cien mil dólares! ¡Un cuerno! ¿Y puede saberse quién es la tal Lorena Hawson?

—Una antigua condiscípula mía.

—¿Y para qué necesita los cien mil dólares?

—Ya se lo he dicho, para que la pongan en libertad.

—Pero ¿por qué?

Clara Donovan dijo, mirando el espléndido ventanal que ocupaba toda una pared de la habitación:

—Acaba de cometer un asesinato. Es una pobre chica. No todas en la vida hemos tenido la suerte que tuvo, por ejemplo, Patricia Burton...

El corto látigo cayó de nuevo sobre la espalda femenina, dejando un rastro de sangre.

Patricia Burton gritó:

—¡Noooo...!

Pero sabía que en la profundidad de aquel sótano sin ventanas, sin vecinos en las proximidades, nadie la oiría.

Esperó con terror el nuevo golpe. Eran ya seis los recibidos. Su espalda estaba cubierta de sangre, una sangre que le resbalaba hasta las caderas y los muslos desnudos.

El del látigo reposó un momento. Se restañó el sudor de la frente, abriéndose más el chaleco.

—Eh, Artig...

—¿Qué hay?

—¿Sigo con ella?

Artig cambió un poco la posición de sus pies, que descansaban tranquilamente sobre la mesa.

—Reposa un poco ahora.

Y Artig siguió examinando la revista que tenía sobre las rodillas, paseando sobre las fotos una mirada complacida.

El que estaba a su lado le dio un leve codazo.

—Eh, Artig.

Artig bostezó.

—De acuerdo, sigue... Media docena más. Pero no le marques con profundidad la espalda. No me interesa que las señales duren demasiado tiempo. Y, hala, empieza...

Tom Gordon murmuró pensativamente:

—¿Qué le ocurrió a Patricia Burton? ¿Por qué ella tuvo precisamente más suerte que las otras?

—Se casó con un famoso deportista, y además millonario.

Siempre ha vivido muy bien. Salud, dinero y amor. Lo tiene todo.

Gordon pasó de nuevo al ataque.

—El dinero, usted lo tiene, Clara... Y en cuanto al amor...

—Pero siempre me faltaría la salud, ¿no?

—Se curará. Esa afección cardíaca no va a durar cien años. Está usted en manos de estupendos especialistas, y además ahora ya se sabe ¡hasta trasplantes de corazón!

—No me gustaría llegar a eso.

—No, claro que no...

Se acercó a la ventana, dejando de admirar el panorama que le ofrecían las subyugadoras piernas de Clara. Era mejor así... De lo contrario, por la noche no hubiera podido dormir.

Desde la ventana se veía Central Park, que estaba prácticamente a los pies de la casa. Y todo el edificio era de Clara Donovan. ¿Cuánto valía allí la yarda cuadrada de terreno? Mejor era no pensarlo siquiera. Pero ella no le daba importancia.

—Depositareé esa fianza —dijo abruptamente—. Sus recuerdos le están costando demasiado dinero, Clara...

El colegio había sido muy lujoso hasta unos años atrás, hasta la época en que aquello ocurrió. Las alumnas llegaban a él desde todos los puntos del Estado de Nueva York. A cambio de unas facturas que mareaban a los padres de familia, se les enseñaba idiomas modernos, cultura general, bailes, equitación, conducta social, natación y hasta judo, para defenderse de las acometidas del sexo contrario.

Luego empezó a cundir la desconfianza. Aquel no era un lugar seguro. Si dos alumnas habían muerto, ¿por qué no podían morir otras?

Y el desastre se inició. Lento, implacable, pero con la seguridad de un ataque que lo arrolla todo.

—Un curso después las bajas fueron de doscientas alumnas —explicó el vendedor a Tom Gordon, que examinaba el edificio pensativamente—, y al curso siguiente desertaron cien más. Se hizo una campaña publicitaria, pero fue inútil. Precisamente por entonces acababa de abrirse otro colegio estupendo muy cerca de aquí, y hubo de cerrar. Pero el edificio y el mobiliario están en magnífico estado.

Gordon estaba, tratando de rebajar el precio.

—No me interesa —dijo repentinamente—. Los sitios que tienen mala fama no me gustan.

—Creí que usted conocía esa historia.

—Sí, pero...

—Si fuéramos a mirar eso, no se vendería ni se compraría nada. No hay palmo de tierra en Estados Unidos donde no se haya cometido un crimen alguna vez.

—No insista. Siento haberle molestado.

El vendedor vio que se le escapaba el único cliente que había venido en dos semanas, y murmuró:

—Si pagara al contado, llegaría al precio que usted me dijo. Hasta los dos millones cuatrocientas mil.

—Siendo así lo pensaré.

En realidad, Tom Gordon, por aquel precio, ya estaba decidido a comprar. No era mala inversión después de todo. Con el tiempo quizá aquel edificio pudiera ser revendido, con amplias ganancias.

Chascó los dedos.

—Hagamos un trato rápido —dijo—. Yo no tengo tiempo que perder. ¿Dos millones trescientos?

—Es poco, pero...

—Decídase.

—De acuerdo, pero la venta es desastrosa para nosotros. Sólo vendemos porque no nos queda otro remedio.

—Déjese de lamentaciones —dijo fríamente Gordon—. Dos millones trescientos mil al contado no son tampoco una tontería. Vamos a ver el notario de la localidad. Él nos tendrá la escritura preparada en unas pocas horas.

El teléfono sonó en la elegante habitación de Clara Donovan. Esta acababa de ver el programa de televisión de la tarde y se estaba preparando para salir de compras. Una doncella le trajo el aparato.

—Para usted, señorita, una amiga.

La muchacha tomó el micro.

—¿Quién?

—Clara... Soy Lorena Hawson.

—¡Lorena!

—He de... —La voz de la otra era confusa, un poco indecisa, como si estuviera a punto de llorar—. He de darte las gracias por lo

que has hecho, Clara. El favor más grande que he recibido en mi vida entera. Prestar una fianza tan grande por mí... No, nunca lo hubiera creído. Te has portado conmigo como si mi madre aún viviera, Clara.

La muchacha hizo un gesto de indiferencia, igual que si la otra pudiera verla.

—No tiene importancia. Y además no quería que supieses que ese dinero lo había pagado yo.

—Me lo dijeron en el juzgado. La persona que depositó el dinero tuvo que dar tu nombre.

—Si es para darme las gracias, ya te he dicho que lo olvides.

—No, no es solo para eso. Además tengo algo muy importante que decirte, algo que te afecta... Es tan importante que por teléfono no te lo puedo ni insinuar. Necesitaría que nos viéramos cuanto antes en algún sitio discreto.

—¿Un sitio discreto? —Clara sonrió de pronto—. No podías pedirme eso en un momento mejor. ¿Sabes lo que acabo de comprar? ¡Nuestro viejo colegio!

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Estaba en venta y lo he comprado. Ahora ya es mío legalmente, de modo que puedo ir cuando quiera. No hace ni siquiera una hora que mi administrador me ha traído las llaves de las diversas puertas. ¿Qué te parecería si nos encontráramos allí?

La voz de Lorena Hawson, al otro lado del hilo, denotó el mayor entusiasmo.

—¡Oh, sí, Clara! ¡Sería maravilloso poder volver allí, después de tantas cosas como han pasado!

—¿Tienes coche?

—Mi viejo «Chevrolet», aún no me lo han embargado.

—Pues nos encontraremos allí dentro de dos horas. Junto a la entrada principal. Me gustará ver otra vez todo aquello, y supongo que a ti también. Nadie nos molestará en un sitio como ese. ¿Tan importante es lo que tienes que decirme?

—Mucho. No te lo puedes ni imaginar.

—Pues hasta entonces, Lorena.

Y Clara colgó.

El «Jaguar» deportivo de gran cubicaje, traído de Europa apenas dos meses antes, tomó la curva a una endiablada velocidad, pero

con la misma seguridad que si se deslizase por una recta.

«No debo correr tanto —pensó Clara—. No le conviene a mi corazón...»

Pero le extasiaba la velocidad, y además veía ahora ya la mole del viejo edificio del colegio a poca distancia, bordeando la colina.

Sentía una rara impaciencia por llegar. Le parecía, que con solo encontrarse allí, iba a librarse de todos los peligros que la acechaban.

¿Pero cómo? ¿Qué peligros?

¡Nadie quería causar el menor daño a Clara Donovan!

Sin embargo esta no podía evitar aquella sensación. En un abrir y cerrar de ojos se plantó ante la mole del colegio.

No había cambiado nada.

Las ventanas mal pintadas, las viejas puertas, los desconchados en la fachada... Todo estaba igual. Era evidente que el edificio no había sido reparado en los dos últimos años; que no se habían gastado dinero en él. Pero Clara lo prefería así, porque de ese modo le producía una sensación más entrañable.

Miró en torno suyo, tras frenar el poderoso «Jaguar».

El viejo «Chevrolet» del año 62 estaba allí, estacionado cerca de la puerta. Bastante deslucido ya, a causa de estar a la intemperie, parecía más viejo aún al lado del rutilante coche de importación de Clara. Esta miró en torno suyo otra vez, pero no vio ni rastro de su amiga Lorena.

Sin duda había entrado en el colegio. La puerta principal, por la que tantas veces penetraron estaba entornada. Se veía un resquicio de sombras en el interior.

En realidad las sombras lo estaban llenando todo.

La muchacha sintió, de repente, como un escalofrío. Casi lamentó haber llegado hasta allí a esa hora. Se estaba haciendo de noche demasiado pronto.

De todos modos ella conocía cada rincón del colegio. Bueno, al menos cada rincón de la puerta destinada a las alumnas. Y se encontraba bien allí. ¿Por qué iba a sentir aquella aprensión que poco a poco la dominaba?

Trató de desecharla.

Llegó hasta la puerta principal, la empujó y se enfrentó a aquel mundo de sombras.

—¡Lorena! —llamó—. ¡Lorena!

Nadie le respondió.

Veía el gran vestíbulo, donde no faltaba detalle. Estaba incluso el viejo cuadro de honor, que tanta envidia despertaba entre las alumnas suspendidas. Los retratos solemnes de los viejos fundadores del colegio. Y las escaleras de mármol que llevaban a los pisos superiores, donde estaban las clases.

Volvió a llamar:

—¡Lorena...!

Mil ecos se extendieron por el edificio vacío. Las paredes parecían responder. «Lorena, Lorena»... alargando desmesuradamente la voz. La luz que penetraba por las ventanas era irreal y pálida.

Clara empezó a andar.

Subió las grandes escaleras como en otro tiempo. Le parecía sentir de nuevo las mismas inquietudes que había sentido allí años atrás, cuando iba a entrar en clase sin saber, por ejemplo, su lección de lenguas muertas. Entonces su padre aún no era millonario ni ella una rica heredera. Les costaba trabajo pagar las elevadas facturas del colegio, y ella pensaba que con sus estudios se haría un porvenir, y que por eso tenía que aprovechar el tiempo.

¡Cómo había cambiado todo!

Ahora era la dueña del edificio. Las viejas directoras que al principio la humillaban, se inclinarían ante ella si pudieran verla. Podía sentarse en su sitio. Podía hacer lo que le viniera en gana. Todo era suyo.

Llegó al piso superior y vio los largos, los interminables pasillos, con las puertas cerradas.

Clases a cada lado. Y al frente una ventana por la que ya apenas se filtraba una luz violeta.

Clara sintió miedo de repente. Un miedo extraño, irreal. Reconocía que todo aquello era estúpido, pero no podía evitarlo.

—¡Lorena! —volvió a llamar.

La voz le llegó desde el interior de una de las clases.

—¡Clara! ¡Estoy aquí, Clara!

La millonaria corría hacia allí. Abrió la puerta.

Lorena venía ya a su encuentro.

Había cambiado bastante durante los años en que no se vieron.

Sus facciones estaban algo avejentadas y habían adquirido dureza. Se notaba que había sufrido mucho. Llevaba un vestido sencillo, correcto, pero que era de confección.

—¡Lorena...!

—He entrado antes porque quería ver esto. Las viejas clases están igual... No puedes imaginarte lo que esto significa para mí. Creí que no volvería a verlo nunca.

—Pues si quieres puedes quedarte aquí. Como si fuera tuyo.

—Gracias, Clara. Y he de decirte ante todo que lo que has hecho por mí no lo hubiera hecho nadie.

—Te he pedido antes que lo olvidaras. Más valdrá que hablemos de otra cosa. Al fin y al cabo esa fianza no va a ser dinero perdido para mí. Supongo que no piensas huir del país.

—No, claro que no.

—Pues entonces me la devolverán una vez se te haya juzgado. Ya me explicarás lo que ocurrió, porque quiero seguir ayudándote... Pretendo que tengas los mejores abogados... ¿Qué te parece todo esto? —preguntó de repente, cambiando de conversación—. ¿Eh? ¿Verdad que es como volver a los viejos tiempos?

—No tan viejos. Han pasado pocos años.

Las facciones de Clara se endurecieron un momento.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme, Lorena?

—Es algo que te afecta a ti.

—Pues habla... Vas a tenerme sobre ascuas.

Lorena se retorció un momento los dedos. No había duda de que estaba nerviosa. Durante unos minutos guardó silencio, y al fin haciendo un esfuerzo, susurró:

—No me atrevo a hablarte con tanta crudeza.

—¿Pero por qué tantas complicaciones? ¿De qué se trata?

Lorena dijo de repente:

—Aún debe estar allí.

—¿Estar? ¿Qué?

—Lo que tengo que enseñarte. La prueba.

—¿Pero qué clase de prueba? ¿A qué te refieres? ¡Vas a acabar por volverme loca!

Lorena se despegó lentamente de ella, dirigiéndose hacia la puerta.

—Aún debe estar allí —insistió—. Te lo demostraré. Eso te dirá

más que todas las palabras.

—Bien, como quieras... ¿Dónde te espero?

—Aquí mismo.

Clara se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero no me hagas sentirme impaciente. ¿Cuánto vas a tardar, Lorena?

—Máximo diez minutos.

Y su vieja amiga se fue. Clara la recordó tal como era cuando ambas se conocieron en el colegio: bonita, altiva, elegante... Entonces Lorena era hija de millonarios y ella podía pagar las facturas. ¡Cómo habían cambiado los tiempos! Los padres de Lorena se arruinaron, mientras que los suyos...

De pronto tuvo como un sobresalto, como si despertara.

El viejo reloj del vestíbulo acababa de dar las seis; desde allí se oía perfectamente. ¿Cómo era que funcionaba aún? ¿Quién se encargaba de darle cuerda?

¿Y cuántos minutos habían pasado desde que Lorena se alejó saliendo de allí?

Sin duda más de veinte. No había mirado su reloj de brillantes, pero lo notaba por la luz, que se iba haciendo cada vez más imprecisa.

Miró en torno suyo.

El silencio era total, agobiante.

Parecía como si los umbrales de las puertas, como si las viejas baldosas no hubieran sido pisadas jamás por un ser humano.

Pero ¿por qué tardaba tanto Lorena? ¿Qué ocurría?

Bruscamente sintió miedo e impaciencia a la vez. Decidió salir de la clase.

En el pasillo largo, interminable, la llamó de nuevo:

—¡Lorena!

Nadie le respondió. Era como antes. Cien ecos le devolvían el nombre haciéndole saltar de pared a pared:

¡«Lorena, Lorena...»!

Comenzó a andar.

Oía sus pasos como los de otra persona que la estuviera siguiendo.

El instinto la llevó hasta el dormitorio que, en sus tiempos de estudiante, había compartido con otras diecinueve compañeras. Las

camas estaban alineadas como en otra época; diez a cada lado, una frente a otra. Dos grandes ventanas iluminaban la estancia, aunque ahora esa luz fuera cada vez más incierta. Detrás de un biombo estaba la cama de la celadora, que era la que las vigilaba cada noche. El biombo estaba en su sitio. Y se veía un poco del borde de la cama, con la cabecera pintada de blanco.

Clara se detuvo en el umbral.

Sus ojos recorrieron todo aquello que le era tan entrañable que al mismo tiempo la llenó de un secreto horror.

No sabía por qué.

¿Era quizá por el leve susurro del viento en la nave vacía? ¿O tal vez por aquel zapato femenino que parecía surgir de detrás del biombo?

Clara estaba como petrificada, sintiendo que le fallaban las fuerzas. Pero sacó energías no sabía cómo, de dónde. Y avanzó poco a poco, mientras sus ojos se entrecerraban para ver mejor.

Distinguió perfectamente el zapato. Era un zapato de tacón negro, como los que antes llevaba Lorena.

Y distinguía también perfectamente el nacimiento de una pierna enfundada en una media gris.

Lorena, si es que era ella, estaba tendida en aquella cama. Y la muchacha se acercó sintiendo que su corazón latía locamente.

¿Por qué Lorena le gastaba aquella broma? ¿Qué pretendía portándose de esa manera?

El biombo parecía avanzar poco a poco hacia ella. Diríase que era el mueble el que se movía y no sus pies.

Penetró por un lado. Y lo vio entonces todo con claridad.

Era extraño, pero sus ojos se fijaron en los detalles accesorios antes que en el fundamental. Vieron por ejemplo que Lorena tenía las ropas desordenadas. Luego sus ojos subieron hasta lo que había sido el busto palpitante, hacia el rostro antes lleno de vida y ahora espantosamente pálido.

Pero no llegó prácticamente a mirar la cara. Sus ojos se detuvieron, sobre todo en el cuello de Lorena.

Aquel cuello largo y joven que una cuchillada acababa de segar salvajemente.

CAPÍTULO II

Artig murmuró:

—Hay que sacarla de aquí.

Patricia Burton se había desmayado. Tenía la espalda tan llena de sangre que era una pura llaga. La sangre resbalaba también por sus muslos, hasta llegar a sus rodillas.

Ben, el del látigo, murmuró:

—Quizá hemos exagerado.

—Tal vez un poco. Pero no está muerta, que es lo importante.

—¿Cree que hablará?

—Claro que hablará. Estoy absolutamente seguro de eso. Lo importante es que lo hagamos sin correr el peligro de matarla.

—En primer lugar, hemos de sacar a Patricia Burton de aquí. Este sótano ya no es seguro, porque terminaría localizándonos la policía. Precisamos tener un lugar donde nadie pueda localizarnos. Y lo necesitamos pronto. ¡Ahora!

Miró a los dos hombres que estaban con él allí, como esperando su respuesta. Ben, el del látigo, se acariciaba los codos suavemente, como dándose masaje. En cuanto a Bill, tenía una expresión completamente idiotizada.

—¿No conocéis ningún sitio? Vosotros que siempre estáis dando vueltas por ahí... ¿no se os ocurre nada?

Ben dio un golpe sobre la mesa.

—Ya sé. Conozco un sitio donde nadie nos molestará, al menos por unos días. No está lejos de aquí. Si Bill prepara la furgoneta podemos llevarla en cosa de tres horas...

Clara Donovan quedó un momento petrificada, sintiendo que le zumbaban las sienes.

Le parecía estar viendo algo que no existía realmente. Aquello no podía ser... Era como una pesadilla sin nombre.

La garganta le dolía. Tenía la boca tan seca que el aire silbaba al pasar por ella.

Pero no cabía duda de que Lorena estaba muerta. Y de que su muerte era reciente. La sangre aún brotaba de su espantosa herida, lo cual indicaba que acababan de acuchillarla.

Clara apenas pudo balbucir:

—Dios santo...

Todo daba vueltas en torno suyo. Estuvo a punto de perder el conocimiento y caer sobre la muerta.

Pero unos pasos más allá, antes de salir del dormitorio, tuvo que detenerse.

El corazón parecía crepitar dentro del pecho. Lo sentía latir de una forma tan desordenada que temió fuera a parársele. Lanzó un gemido, mientras se sentaba en la que antes fuera su cama.

Estuvo así durante bastante rato, con las manos apretadas sobre el pecho sintiendo que se iban normalizando los latidos de su corazón.

Y entonces oyó aquellos pasos en el corredor. Oyó unas pisadas que se iban aproximando lentamente.

La puerta crujió, cuando alguien empezó a abrirla, empujándola desde fuera.

Y con los ojos desencajados, con la boca formando una mueca de terror, Clara Donovan vio entonces aparecer aquella sombra.

—Su nombre es Nora Kimpson —dijo con voz angustiada, mientras se limpiaba las gafas y trataba de ponérselas sobre sus ojos miopes—. ¿Edad? ¿Qué edad tenía ahora exactamente, Nora? —Miró confusamente a su mujer—. Ah, sí... Veintidós años. Es una chica formal, un poco retraída. Por eso no nos explicamos lo de su desaparición.

El teniente Sullivan del Precinto 12. —Ojos cansados, espalda algo encorvada después de tantos años tras aquella mesa— tomaba notas rápidamente. Con voz aguda preguntó:

—¿Novio?

—¿Qué quiere decir?

—Les pregunto por la solución más sencilla: Si puede haberse fugado con un hombre.

—¡Oh, no! Nora no sería capaz...

El teniente hizo un gesto de impaciencia.

—Miren, tengo experiencia en esto. El noventa por ciento de las chicas de esa edad que desaparecen es a causa de un hombre. Y aquí no tratamos de descubrir a su hija, sino de encontrarla. Dígame si tenía relaciones con alguien. Si había perdido la cabeza... o algo más que no es la cabeza... a causa de algún tipo de los que corren por ahí.

—No, eso no.

—Tal vez haya algo —susurró la madre—. A mí me lo explicó una vez. Ya se sabe que hay momentos en la vida en que las hijas encuentran ayuda en nosotras... parece que estaba enamorada de un hombre. Un hombre casado.

El teniente asintió.

—Eso lo explica todo.

—¿Una fuga?

—Puede que no lo haya hecho, pero también es posible que sí. En fin, su desaparición ha de tener una causa. ¿Nombre de ese tipo casado?

La madre suspiró con desaliento.

—No lo sé.

—¿No se lo dijo?

—No, no tuvo bastante confianza para eso. Quizá yo no supe sonsacarla bien. Al cabo de unos momentos de hablar debió tener la sensación de que yo no la entendía. Y se marchó llorando.

El teniente dibujó un garabato con su bolígrafo.

—De acuerdo... No es gran cosa, pero ya representa una pista. Busquen en casa y traigan todos los papeles y fotos pertenecientes a su hija. Cartas, documentos, tarjetas... Y los retratos que tengan desde luego. Tal vez encontremos algo. ¿Lo harán?

—Sí, teniente. Desde luego... Enseguida...

Y fueron a dirigirse hacia la puerta, abandonando sus asientos.

Sullivan les espetó:

—Un momento... ¿dónde se educó su hija?

—En el colegio femenino Sorensen. Ahora ya no funciona. Hace tiempo que hubo de cerrar.

—Lo recuerdo. Un par de crímenes inexplicables... ¿Y tenía Nora alguna particularidad? Manías, supersticiones, enfermedades... ¿Algo que la hiciera distinta de las otras chicas de su clase?

La madre, que ya casi estaba en el umbral, se detuvo. Y parpadeó con sus ojillos que también eran miopes.

—No sé... Aunque tal vez ahora que lo dice... Ella siempre sufría un sueño. Creía que estaba en el colegio otra vez. Y que una sombra la perseguía por los pasillos interminables y desiertos, hasta alcanzarla...

Clara había contenido la respiración.

Otra vez su corazón latía agitado, locamente, mientras miraba aquella sombra que se proyectaba en el umbral de la puerta.

Hubiera sentido deseos de chillar, de llevarse las manos a los ojos para no verla, pero se mantenía quieta allí, como hipnotizada, mientras la sombra se iba concretando poco a poco.

Cuando la pudo ver con claridad se dio cuenta de que aquel hombre, en realidad, no daba miedo.

Era alto, iba vestido con un traje oscuro muy correcto y tenía un cuerpo atlético y estilizado de hombre que ha hecho deporte toda su vida. Sus facciones resultaban borrosas a causa de la escasa luz, pero verdad era que parecían armoniosas, casi nobles.

Sin embargo, Clara no podía tener la menor duda de que era aquel el hombre que acababa de matar a su amiga.

Con los ojos desencajados le vio avanzar. Pero aquel hombre no se dirigía hacia ella. No iba, en realidad, a ninguna parte. Daba la sensación de que vacilaba un poco, de que no sabía bien adónde iba.

De pronto Clara exhaló una especie de gemido.

Y por primera vez oyó su voz:

—¿Hay alguien ahí?

¿Por qué preguntaba eso? ¿Es que no la veía? ¿Tan escasa llegaba a ser la luz?

Guiándose solo por el leve gemido, el hombre avanzó hacia donde estaba ella.

Clara le miraba horrorizada. No se atrevía a moverse. Además, el corazón le dolía tanto que hubiera sido incapaz de hacerlo.

El hombre repitió:

—¿Quién está ahí?

—¿Es que no me ve?

—No, desgraciadamente no puedo verla.

El hombre se había detenido a dos pasos de ella. Estaba en pie.

Como ya había observado Clara, era alto y fuerte y realmente guapo. De pronto le reconoció. Una de sus amigas había causado envidia a todas precisamente a causa de aquel hombre.

—Es Paul Gerald —musitó.

—¿Me conoce?

—Sí, claro que sí. Usted se casó con Patricia Burton.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién es usted?

—Una vieja amiga de Patricia. Estudiamos juntas aquí. Dormíamos en este dormitorio.

—¿Y ahora vuelve a estar aquí? ¿Por qué?

—He comprado el edificio.

El hombre no pareció asombrarse demasiado ante aquella noticia. Simplemente parpadeó, y eso hizo que Clara se fijara en sus ojos.

Junto a ellos había unas cicatrices muy leves, casi inapreciables.

Y eso contribuía, pues, a dar un cierto encanto exótico a aquel hombre. Pero sus ojos eran distintos. Sus ojos estaban como vacíos y no miraban a ninguna parte.

Clara había llegado a olvidarse de que había una muerta apenas a unos pasos de ellos. Y susurró:

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ácido sulfúrico. ¿No lo recuerda de sus años de colegio?

SO₄

+

H₂

. Me lo arrojaron a los ojos con increíble precisión, dejándome provisionalmente ciego. Por poco me abrasan toda la cara. Fue el mismo día en que desapareció Patricia.

—¿Dice que ella desapareció?

—Hace una semana.

—¿Y usted? ¿Usted un campeón mundial del peso semipesado... está así? Ganaba millones, lo tenía todo... ¿Quién se lo hizo?

Él sonrió tristemente.

—Usted debe creer que el mundo del boxeo, en este país, es un círculo limpio y honesto, claro.

—No sé, no entiendo.

—Pues es un mundo sombrío, donde se barajan millones. Si hay que acabar con una figura, se la hunde, no amañando precisamente

los combates, pero sí escalonando sus adversarios de modo que uno u otro le cierre el paso. Fijando las fechas que menos le conviene, sobornando a los *managers*, no reconociendo su título... —Hizo con las manos un expresivo gesto—. ¿Para qué le voy a explicar algo que no le interesa? Pero existe en el estado de Nueva York el *gang del boxeo, como existe el gang de las drogas y es imposible luchar contra él, porque sus métodos parecen legales. Hasta que alguien tira de la manta, descubre cosas y quiere hablar* —sonrió de nuevo con tristeza—. *Ese alguien era yo. Y ya ve lo que hicieron conmigo...*

—¿Y... y con Patricia?

—Le he dicho que desapareció. Fue el mismo día.

Clara estaba como petrificada por el asombro. Desde su plataforma de millonaria mimada por la fortuna, le parecía difícil que todas aquellas cosas pudieran ocurrir. Pero al fin musitó:

—¿Avisó a la policía?

—Sí, claro que lo hice. Pero inmediatamente recibí una llamada telefónica advirtiéndome que no debía insistir, que debía atribuirlo todo a un accidente. De lo contrario matarían a Patricia.

—¿Y obedeció?

—¿Qué otra solución me quedaba? Pero me propuse hacer averiguaciones por mi cuenta, a pesar de estar ciego. A uno de los del *gang que vino a advertirme que no despegara los labios para denunciar a sus jefes, le arrinconé en una habitación y le di tal paliza que le perforé los pulmones con las puntas de sus costillas rotas... Ahora está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. Eso terminó de empeorar las cosas. Aquella misma noche trataron de abatirme con una ráfaga de metralleta y hube de ocultarme. Claro que no sabía dónde, si no podía recurrir a la policía.*

Clara había escuchado aquello con extraordinaria atención. Y seguía olvidándose de que tenía un cadáver a su espalda.

Nunca le había ocurrido una cosa tan extraña: aquella increíble, absurda sensación de estar hipnotizada.

—¿Esto es un refugio para usted? —musitó.

—Sí.

—¿Cómo pudo llegar?

—Me trajo un buen amigo. Ese mismo amigo me trae de vez en cuando algo para comer. Yo sabía que ese edificio existía porque Patricia, muchas veces me había hablado de él.

Hizo una breve pausa, y poco después susurraba:

—Espero que suelten a Patricia. Por medio de una radio a transistores escucho los boletines de noticias, ya que no puedo hacer otra cosa por el momento. Cuando la suelten actuaré. Mientras tanto estoy atado de pies y manos... Además sé que me buscan. Tal como se han puesto las cosas, no tendrán inconveniente en acabar conmigo.

Clara guardaba silencio.

Miraba con atención a aquel hombre que poco antes despertaba una admiración, una especie de fanatismo universal. Miles de mujeres estaban locas por él a causa de su valentía, de su nobleza en el ring, *y también debido a la belleza de su rostro, que los golpes recibidos no habían conseguido deformar. Y de todos esos miles de mujeres, solo Patricia Burton había conseguido hacerlo suyo. Pero esa era una historia pasada y ya casi vieja. Ahora los dos eran una especie de perseguidos, estaban viviendo una historia pequeña, miserable, oscura.*

—Creo haberle dicho ya que me llamo Clara Donovan —susurró—. He de confesarle algo más.

—¿Qué?

—Por favor, venga.

Le tomó por un brazo guiándole. Sabía perfectamente que él podía ser el asesino, pero, cosa extraña, no tenía ningún miedo. Lo llevó en silencio hasta el biombo.

—¿Conoce ese dormitorio?

—No exactamente. Voy sabiendo algo de cómo es este colegio, pero como aún no me he acostumbrado a la falta de mis ojos, me muevo a tientas y siempre por las mismas habitaciones.

—Avance un paso, por favor.

Él lo hizo. Clara guió su mano. La puso en lo que había sido el rostro de Lorena Hawson.

—¿Qué es esto? —balbució él.

—¿No nota algo extraño?

—Sí, su quietud.

Clara dijo fríamente:

Ella está muerta.

En circunstancias normales, Gerald se hubiera sorprendido. Eso era realmente lo menos que podía ocurrir. Pero ahora el ambiente

parecía haberle hipnotizado, parecía haberles contagiado la especial brujería que se desprendía de él. Y el hombre no hizo ningún gesto.

—¿Cómo la ha descubierto? —musitó.

—He entrado aquí buscándola.

—¿Por qué?

Clara Donovan explicó con detalle todo lo que había sucedido. Lo poco que sabía del crimen cometido por su antigua amiga. La cita que se habían dado allí. Las extrañas palabras de Lorena Hawson, indicándole que tenía algo muy importante que mostrarle, y al fin su impaciencia y la búsqueda.

Cuando terminó el breve relato preguntó:

—¿Me cree?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Usted también me ha creído a mí. Yo podría ser el asesino.

—Quiero creer que no lo es.

Los dos vacilaron unos instantes, como perdidos en el mundo de sus pensamientos. Clara Donovan comprendió que en aquel caso no podía dejar la iniciativa al hombre, ya que él estaba ciego por el momento. Lo que fuera necesitaba resolverlo ella.

—¿Qué podemos hacer? —musitó.

—Sin duda, avisar a la policía —opinó Gerald.

—Pero entonces sabrán que está usted aquí.

—Es un riesgo que no hay más remedio que correr. Lo que no podemos es guardar silencio.

Ella se mordió el labio inferior.

—De acuerdo; lo haré.

—Noto por su voz que lo dice sin convicción. Tal vez piensa que el escándalo pueda perjudicarla.

—No, yo no vivo del público. Por lo tanto no me importa avisar a la policía. ¿Qué hará usted mientras tanto?

—Aguardaré.

—De acuerdo. Tengo un coche aquí. Iré, enseguida, ya que supongo que no funcionan los teléfonos del colegio.

Para comprobarlo descolgó el que había en el dormitorio. En todos ellos existía uno. No dio la señal de llamada, lo cual indicaba que estaba desconectado.

—No me quedará más remedio que ir en el coche —dijo colgando—. Bien... De todos modos no tiene importancia.

Se acercó entonces a la muerta, pensando que aquella pesadilla, después de todo, estaba ya muy cerca de tener un final. Y entonces vio lo que había en la mano cerrada, entre los dedos crispados de Lorena.

Se asustó. Se estremeció brutalmente, hasta el extremo de que casi crujieron sus huesos.

Menos mal que Gerald, a causa de sus ojos ciegos, no pudo verla.

CAPÍTULO III

El camino estaba iluminado por una serie de farolillos blancos. Al distinguir aquella serie de luces, Clara pudo apagar los potentes faros de su «Jaguar».

Las ruedas giraban sobre un terreno de gravilla que crujía levemente. Cambió de marcha y redujo notablemente la velocidad. Vio a lo lejos el edificio.

Este se hallaba iluminado aunque no en demasía. Para llegar hasta él había que pasar por debajo de una amplia arcada de hierro forjado.

Las letras en esa arcada, decían:

Sanatorio mental de Hartmoor.

Un hombre había salido al paso de su automóvil. Llevaba un uniforme gris. Le hacía señas para que se detuviese.

Clara frenó.

—No es hora de visita —dijo—. Hemos cerrado ya. Y de pronto su expresión cambió. —¡Ah, es usted, la señorita Donovan!

—Quisiera pasar.

—¡No faltaba más! Usted siempre tiene entrada libre. Siga por el camino de la derecha. Bueno, ¿para qué se lo digo? Ya lo conoce.

—Gracias.

Clara arrancó de nuevo. Cierto que ya conocía el camino de la derecha, pero no le gustaba pasar por él.

El edificio era enorme y estaba bien instalado. Claro que resultaba viejo. La muchacha se dirigió al ala más nueva, a la que parecía más confortable.

Pagando el doble que las otras, tenía, desde luego, derecho a algunas comodidades.

Se apeó y entró en el local. Un vestíbulo funcional, en contraste con el edificio, estaba bien iluminado. Una enfermera acudió solícita hacia ella.

—Buenas noches, señorita Donovan. No la esperábamos a estas horas, la verdad.

—Siento haberlas molestado.

—No tiene importancia. Precisamente he estado intentando localizarla. Toda la tarde me la he pasado llamándola a su teléfono de Nueva York.

—Había salido.

—Sí, ya veo... ¿Tiene la bondad de pasar? El director quiere hablar con usted.

La acompañaba hasta un despacho también funcional, donde un hombre de edad madura se puso en pie precipitadamente. Sus ojos algo miopes parpadearon tras las gafas.

—Señorita Donovan... ¿Ha recibido mi aviso?

—No. En cierto modo estoy aquí por casualidad.

El otro carraspeó.

—Pues no sé si sentirlo... De verdad que no lo sé. Señorita Donovan, este momento es especialmente angustioso para mí. He de darle una noticia terrible...

Las ruedas del poderoso coche giraban lentamente, muy lentamente, sobre el terreno endurecido del patio.

Clara llevaba los faros apagados. No quería producir ningún ruido, no deseaba que nadie llegara a notar su presencia.

Gerald no podía ver los faros, porque de momento estaba ciego, pero podía oír el ruido de las ruedas. Y Clara no deseaba de ningún modo, que eso sucediese.

Se detuvo ante la puerta.

Todo estaba como un par de horas antes, igual que cuando salió de allí para ir a avisar a la policía dirigiéndose, en lugar de a la comisaría, al sanatorio mental de Hartmoor.

Sólo había cambiado la luz.

Ahora aquello solo estaba alumbrado por la luna, que arrancaba espectrales reflejos a los cristales de las ventanas.

Clara Donovan avanzó.

Cualquiera que la hubiese visto no se habría figurado que era la envidiada millonaria. No hubiera podido creer que aquel rostro cargado de pesadumbre correspondía al de una muchacha que lo tenía todo.

Se detuvo en el umbral.

La luz de la luna penetraba a raudales por las grandes ventanas. Las escaleras estaban ante ella. El mármol blanco de que estaban hechos los peldaños brillaba quedamente, cual si fuesen losas de las sepulturas.

Un pensamiento le atravesó el cerebro de parte a parte.

«La persona que ha matado a Lorena aún está aquí».

Pero esa persona no le daba miedo, sino pena. Tenía que seguir adelante, con el plan trazado. Tenía que llegar hasta el fin.

Ascendió poco a poco los peldaños.

Llegó hasta la puerta del dormitorio y se detuvo en el umbral vacilando.

Tenía miedo de encontrar a Gerald, quien seguramente estaría allí aguardando.

Entró sin hacer ruido. No, Gerald no estaba allí. No había nadie. La luz de la luna hacía que el biombo blanco, al fondo de la sala, destacara levemente.

El cadáver aún estaba allí, y tal como ellos lo dejaron. No había cambiado en su postura, pero sí en su aspecto. Una grave rigidez, una expresión distinta se había apoderado del rostro de Lorena. Era la expresión definitiva, la muerte. Clara se detuvo unos momentos, angustiada, sin ánimos para tocarla.

Pero no tenía otro remedio. Avanzó hacia una de las piernas, la sujetó por el tobillo y tiró de ella.

El cuerpo cayó de la cama.

Se produjo un largo «tooooc» siniestro, que pareció repercutir en el edificio entero.

Clara aguardó, anhelante, pensando que por fuerza tenían que haberla oído. Pero nada se movió en torno suyo. El silencio seguía tan angustioso como antes. Empezó a arrastrar a la muerta.

El cuerpo producía un siseo al rozar con las baldosas. La larga cabellera de la muchacha muerta arrastraba por el suelo.

Clara llegó hasta las escaleras.

Las fuerzas le fallaban. Sentía que de un momento a otro iba a ponerse a gritar.

Pero consiguió dominarse, y descendió poco a poco. El cadáver producía un ruido sordo a cada nuevo peldaño que bajaba. Al fin llegó con él a la puerta y lo sacó al exterior, arrastrándolo hasta el «Jaguar», cuya masa color gris y plata brillaba también a la luz de

la luna.

Abrió el portaequipajes. Ahora venía lo más difícil, aquello para lo cual no sabía si tendría fuerzas.

Izó el cadáver con gran trabajo; primero una pierna, luego otra. Al fin logró encajarlo en el cofre.

Subió a su asiento y descansó. Estaba agotada, y él corazón seguía latiéndole descompasadamente en el pecho. Tardó unos cinco minutos en poder arrancar. Cuando lo hizo se dirigió a muy poca velocidad hacia la parte posterior del colegio, donde estaban las viejas pistas de equitación y la piscina olímpica donde antaño se entrenaban para ser unas grandes nadadoras.

Situó el coche al borde de aquella piscina. Aún estaba llena de agua, un agua que no se había cambiado en meses y meses. Las algas habían crecido mucho. Una sensación de suciedad y de misterio se desprendía de ella.

Clara sacó el cadáver con gran trabajo y lo dejó caer al agua. Se produjo un siniestro sonido hueco.

Luego el cuerpo desapareció. Fue tragado lentamente: Pasarían meses, quizá años antes de que lo descubrieran, pues ella no pensaba permitir el paso a nadie hasta allí. Era la dueña del edificio.

CAPÍTULO IV

Fue Tom Gordon la primera persona que al día siguiente se presentó en su habitación, irreproachable como siempre.

Clara estaba en el diván, junto a la ventana. Y también tenía las piernas cruzadas seductoramente.

Sólo su rostro había cambiado.

Porque su cara era más grave, más dura, como si en efecto hubiera envejecido.

Tom lo notó.

—¿Qué le pasa, Clara?

—Nada... Quizá sea el día. Está nublado, ¿no?

—Por supuesto. Pero he venido aquí docenas de días nublados y usted parecía alegre. ¿Qué pasa? ¿Quizá alguna de mis gestiones no le ha parecido bien?

—No tenga miedo, Tom. Todo lo que usted hace me parece bien. No sé por qué dice eso.

Él carraspeó.

—He inscrito su título de compraventa sobre el colegio en el registro de la propiedad —dijo—. Ahora sí que es entera y legalmente suyo.

—Comprendo.

Gordon sonrió.

—Aquello estaba algo descuidado, ¿no?

—Supongo.

—¿No lo ha visto?

—No.

—Claro, es natural. Por eso he tenido una idea que le gustará de verdad. Y ya la he puesto en práctica.

—¿Qué... idea?

—He encargado a una empresa de las que se dedican a grandes locales, que adecante todo aquello. Sobre todo que vacíe la piscina

y la limpie. El agua está pútrida...

Clara palideció tanto que el otro hubo de notarlo por fuerza.

—¿Qué le sucede? —farfulló.

—Nada... El corazón.

—¿Llamo a un médico?

—No, no... Lo que va a hacer es anular inmediatamente esa orden que ha dado.

—¿La orden de limpiarlo todo? Pero... ¡Clara!

—Lo ha entendido bien, ¿no? Anúlela.

—Pero al menos la piscina... Allí hay incluso peligro de infección.

—Sobre todo la piscina. Déjelo, Tom. Quiero que todo esté como cuando lo abandonaron.

El otro se pasó una mano por la boca.

—Bueno, como quiera... Usted manda. Pero me permito decirle que esto es estúpido.

Fue hacia el teléfono y dio unas órdenes. Discutió con la empresa y le ofreció una indemnización por el encargo anulado. Al fin colgó con expresión ceñuda.

—Bueno —refunfuñó—, ya he dicho que es usted la que manda. Y ahora tenga los comprobantes del registro y de los últimos ingresos efectuados en Bancos. Las cosas, por otra parte, siguen viento en popa. El dinero siempre va a los ricos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Con motivo de su aniversario, el First National Bank ha sorteado veinte mil dólares entre sus imponentes más antiguos. Los ha ganado usted.

Clara sonrió.

—Es una buena noticia. No niego que me gusta el dinero —dijo.

—Pero lo tira.

—¿Sabe qué debo hacer, Tom?

Él la miró con miseratativamente.

—Sólo le deseo una cosa, Clara Donovan.

—¿Qué?

—Que no deje usted nunca de ser millonaria. No sé cómo podría vivir sin tirar el dinero.

Volvió hacia la mesa y tomó un estuche que previamente, al entrar, había dejado allí.

—Conociendo su carácter, casi no me atrevo a darle esto. Me lo tirará a la cabeza.

—¿Eso? ¿Qué es?

—Un pequeño obsequio. Pero si le parece pobre, disimule. Yo no soy más que un administrador.

—¿Y por qué un obsequio ahora?

—¿Olvida que es su cumpleaños dentro de dos días?

Clara se llevó una mano a la frente. Era verdad, lo había olvidado.

—Usted tiene más memoria que yo... Le acepto lo que me haya traído, y le aseguro que, sea lo que fuere, le estaré muy agradecida.

—De acuerdo... Mire.

Y Tom Gordon abrió el estuche.

Lo que había dentro, era muy sencillo y al mismo tiempo muy valioso. Se trataba de un abridor de cartas de plata, con el puño de oro trabajado y adornado con brillantes. Una verdadera pieza de exposición. Pensando que le habría causado efecto, preguntó:

—¿Eh? ¿Qué le parece?

Los ojos de la muchacha estaban desencajados.

Tom Gordon la miró con sorpresa. No lo entendía.

—Oiga... ¿qué?... ¿Qué le ocurre?

Vio la expresión patética en el rostro de la mujer. Notó que algo iba a suceder.

Y gritó:

—¡Clara!

Clara Donovan sufría un ataque de nervios. Sus dedos arañaban los cojines del diván; rechinaba los dientes; alzaba las piernas al aire, como si intentara huir y no pudiese. De su garganta no salían más que sonidos entrecortados, algo que parecían palabras, pero no lo eran.

Tom Gordon estaba sencillamente aterrorizado. Nunca había visto a la muchacha así.

—Pero... ¡pero Clara!

Ni siquiera el hecho de que ella le mostrara todas sus tentadoras piernas le impresionaba ahora. Pensó que el corazón de Clara Donovan no podría resistir aquello. Que iba a suceder algo irremediable.

Oprimió el timbre. Dos doncellas uniformadas acudieron

enseguida. Trataron de sujetar a su dueña.

—¿Pero qué pasa? Señor Gordon, ¿qué le ha hecho?

—¿Yo? ¡Nada!

—¿No se habrá atrevido a...?

—¿Cómo pueden pensar eso? ¡Yo, un licenciado por Harvard! ¡Más respeto, diablos! ¡Se ha puesto así de repente, sin que yo supiera por qué! ¡Pero temo que ocurra algo! ¡Llamen a su médico!

Una de ellas salió corriendo. Entre la otra y Tom Gordon trataron de calmar a Clara Donovan, que tras su último espasmo acababa de caer del diván al suelo.

Pero ya no hacía falta tranquilizarla, porque se había calmado ella sola. Había perdido el sentido.

CAPÍTULO V

El médico se quitó las gafas y se frotó penosamente los ojos enrojecidos. Parecía cansado. Tom Gordon, al otro lado de la mesa, le miraba con expresión consternada. Nunca había sido valiente. Temía ocurriera algo y le acusasen a él.

El otro pareció adivinar sus pensamientos. Le tranquilizó con un gesto.

—No tema. No ocurrirá nada. Ella está en cama. Lo peor de la crisis ya ha pasado.

—¿No sufrirá su corazón?

—Con franqueza. Eso me preocupaba al llegar aquí, pero veo que ha resistido bien. Clara está mucho mejor ahora, gracias a la vida que lleva. Ser millonaria es algo que yo aconsejaría a todos los que quieran tener buena salud. Desgraciadamente, esa es una receta que no se vende en las farmacias.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Lo que Clara ha sufrido es un *shock* nervioso. Y las causas de que haya sucedido así están perfectamente claras.

—¿Las... causas?

—Aquel abrecartas. Aquella especie de estilete tan adornado que usted le quiso regalar.

—¿Eso? ¿Qué relación tiene con...?

—¿No notó que ella no tenía en su mesa ningún instrumento de esa clase?

—Precisamente por eso lo compré. ¡Es tan difícil regalar cosas a una multimillonaria!

—¿Y no pensó que esos objetos podían asustarla?

—¿Asustarla por qué?

El médico entrecerró los ojos.

—Mire, yo soy médico de la familia desde hace bastantes años. Conozco a Clara desde que aún no había empezado a ser mujer. Y

desde luego conocí a su madrastra.

—¿Su... madrastra?

—No me diga que usted no la conoció.

—Sí, claro... Es decir el que la trató fue mi padre. Yo llevo los asuntos de la señorita Donovan hace un tiempo relativamente corto.

—¿Y su padre no le dijo nada?

—Mi padre, que en paz descanse, veneraba a esa familia —susurró Gordon—. No me hubiera contado nada que fuera deshonoroso, de no ser indispensable para la defensa de sus intereses.

—Siendo así, lo comprendo. Su padre debía ser una de las personas que ya no quedan, señor Gordon.

—Era un hombre honrado. Y muy discreto.

—Bien, en ese caso creo, pues que la verdad debo contársela yo. Me parece perfecta la actitud de su padre, pero ahora ya no puede usted seguir sin saber por dónde se mueve. Debe saber que Clara empezó siendo una muchacha de posición económica muy mediana. Apenas podían pagarle las facturas del colegio, bastante lujoso, en que se educaba. Y usted me preguntará: «¿Por qué se educaba entonces en un colegio de lujo?». Pues porque Clara y su padre, que entonces ya era viudo, siempre han tenido un gusto muy acusado por todo lo que es elegante, bello... y caro. A Clara, en ese sentido la han educado mal. Creo que si alguna vez dejara de ser millonaria no podría soportarlo.

—Ya he notado eso. Precisamente hace poco discutía con ella por esa causa.

—Bien, seguiré con lo que decía. Su padre era un águila para los negocios, pero todos terminaban mal para él por la falta de dinero. Siempre empezaba a lo grande... y se quedaba a mitad de camino. Pero todo cambió cuando se casó por segunda vez, cuando se casó con Margaret, que sobrepasaba algo su edad, pero era muy bonita y dueña de una fortuna muy considerable.

—Comprendo.

—El padre de Clara hizo «trabajar» el dinero de su mujer. Ahora ya no se quedaba a mitad de camino ni dependía de los créditos bancarios. Tenía fondos para llegar hasta el fin... y llegó. Ya le he dicho que era un águila para los negocios. Su fortuna subió como los termómetros en verano. Pero Margaret, su mujer, había exigido que todos los negocios estuvieran a su nombre, es decir, al de ella.

Mejor dicho no fue ella quien lo exigió, sino los Bancos, porque Margaret tenía cosas con qué responder, y su marido, no. El caso es que la fortuna pertenecía a Margaret; pero eso tiene una importancia relativa, porque Clara y su padre disponían del dinero como les venía en gana.

—Es natural —susurró Gordon—. Y mi padre ya me había hablado de eso.

—Todo marchaba como una seda hasta que en la mente de la señora Donovan empezó a nacer aquella enfermedad. Primero eran tonterías, celos más o menos infundados, disgustos, rarezas... Luego el pensar que su marido pudiera engañarla con Otras fue para ella una verdadera obsesión.

Gordon tragó saliva.

—¿Y... la engañaba?

—Verá, como médico de la familia sabía muchas cosas que hubiera querido ignorar. Por ejemplo hube de asistir en secreto a una de las amiguitas de Burt Donovan, el padre de Clara. Ella tuvo un hijo que murió al cabo de pocas semanas. Margaret llegó a barruntar algo de esto. En fin, un día la tormenta estalló. Fue en el cumpleaños de Clara. Creo que ella hacía catorce, tal vez quince... Donovan tuvo la desfachatez de invitar a la fiesta a una amiguita pretextando que era una relación de negocios. Margaret lo barruntó todo. Por entonces ya estaba enferma y sufría alucinaciones. Recuerdo aquella tarde como si otra vez la tuviera delante de mis ojos... De pronto Margaret no pudo resistir más. Tomó un abresobres del despacho y se lanzó encima de aquella mujer delante de todos, tratando de matarla. No lo consiguió, pero la hirió gravemente. Hubo un proceso, un terrible escándalo... Gracias a Dios Clara quedó alejada de eso porque la internaron en el colegio rigurosamente. Pero la escena terrible quedó grabada en su memoria. Desde entonces cada vez que ve un cuchillo de esos chilla como una loca.

Tom Gordon había palidecido.

Con voz velada murmuró apretando los puños:

—En ese caso lo comprendo todo. Yo no imaginaba eso, créame... Me siento confundido.

—No tiene ninguna culpa.

—Y... ¿y qué pasó con la madrastra de Clara?

—En el proceso se comprobaron algunas de las infidelidades de Burt Donovan, lo cual le hubiera permitido a ella pedir el divorcio y dejarle como el que dice en la calle. Pero no podía hacerlo por una sencilla razón legal: había sido declarada enferma mental por los expertos. En realidad la pobre mujer estaba enferma de veras. De ese modo se libraba de una larguísima pena de cárcel e ingresaba en una clínica mental de pago, donde estaría magníficamente atendida. Pero al mismo tiempo, al no ser dueña de sus actos, tampoco tenía capacidad legal para obtener el divorcio, ¿comprende?

Tom Gordon asintió.

—Como abogado me hago perfecto cargo de la situación —dijo. El médico encendió un cigarrillo.

—Así estuvieron las cosas durante un tiempo hasta que el padre de Clara desapareció —dijo lentamente—. Fue durante una cacería en África, lujo que podía permitirse por disponer de todo el dinero que necesitaba. Se le buscó por todas partes sin hallarle, y ahora no hay ya duda de que está muerto. Si no lo estuviera, ¿cree que no habría vuelto? ¡Cualquiera renuncia a una fortuna como la suya! El resto ya lo sabe usted: Clara vive muy bien, puede cuidar su dolencia cardíaca y visita regularmente a su madrastra en la clínica mental. Por cierto, me han dado buenas noticias acerca de ella. Margaret está recuperada, y saldrá pronto.

CAPÍTULO VI

Clara miró las aguas quietas; apacibles, de la piscina, de las que sin embargo, parecía desprenderse un vaho pútrido y enfermo.

La hojarasca que la cubría parecía haberse vuelto más espesa. Suspiró.

Estaba algo más pálida, después de todo un día en cama, tornando calmantes sin cesar. El médico le había dicho que siguiera descansando, pero ella había salido de su casa sin que nadie lo supiera. Había tomado el «Jaguar» y ahora estaba aquí.

Una expresión reconcentrada, inquieta, flotaba en su rostro.

El viento suave hacía que los cabellos largos y finos le bailaran sobre los hombros.

Se alejó de la piscina olímpica, donde tantas veces había nadado. Con las manos en los bolsillos de su elegante abrigo deportivo, fue a descender las escaleras.

De pronto se encogió sobresaltada. Allí en el borde de la esquina del colegio había un hombre. Era un hombre que estaba muy quieto y que la miraba fijamente.

Clara apretó los labios mientras seguía andando.

Cuando estuvo a poca distancia del hombre, murmuró:

—Tom Gordon. ¿Qué hace aquí?

El administrador seguía mirándola fijamente, con una expresión extraña.

Era una expresión desconocida, pero no sabía por qué le causaba como un escalofrío.

—Ha cometido usted un error, señorita Donovan.

—¿Yo? ¿Un error? ¿Por qué?

—Debió recordar que me había citado. Que era mi hora de visita de todas las tardes. Y que por fuerza tenía que enterarme de que usted había salido, contraviniendo las órdenes del médico.

—Déjese de zarandajas, Tom. No es momento para

reconvenirme. Además no me encuentro bien.

—Se encontrará peor si sigue con esa manía. Venir aquí, recordar aquellos viejos tiempos... ¿Por qué? Todo eso solo lleva a un camino: al de la neurosis. Sobre todo...

—¿Sobre todo qué?

—La obsesión que usted parece sentir por esa piscina.

Clara hizo un gesto de sobresalto.

Sus ojos la traicionaron mientras preguntaba:

—¿Por qué habla precisamente de la piscina, Tom?

—Pues... ¡Pues no sé exactamente, pero estoy seguro de que algo extraño ocurre! ¡Usted no quiso que la limpiara! ¡Y ahora la he visto ahí, obsesionada, mirando las aguas! ¿Qué es lo que debo pensar?

La garganta de Clara Donovan estaba como agarrotada. Se veía temblar su cuello.

Y sus ojos seguían traicionándola cuando murmuró:

—¿Y... y qué piensa? ¿Piensa que tal vez... oculto algo ahí?

—¡Oh, no! —El gesto del administrador fue tranquilizador en parte—. ¿Cómo había de creer nada malo de usted? Lo que temo es más sencillo, señorita Donovan. Y perdone si se lo digo con tanta claridad. Temo que sea víctima de una manía depresiva y acabe arrojándose a esas aguas pútridas para suicidarse.

Los ojos de la muchacha cambiaron. Fue muy notable la expresión de alivio que había aparecido en ellos.

—No diga tonterías —murmuró al cabo de unos instantes.

—Pues permítame un consejo: no vuelva más aquí. Se lo ruego... Deje que yo la acompañe a la ciudad.

—Pues siento decepcionarle, Tom, pero voy a quedarme.

—¡No diga tonterías!

—Esta soledad me sienta bien. Es el mejor antídoto para mis nervios excitados. Vaya tranquilo, de todos modos. Le prometo que en cuanto oscurezca iré.

—¡En cuanto oscurezca! ¡Claro...! ¡Lo que no consigo entender es cómo puede aguantar aquí ni diez minutos, una vez empiece a ponerse el sol!

—Este es un sitio muy querido para mí. No tengo miedo.

—Bueno, allá usted. Yo ya no, sé qué hacer, Clara. Pero le ruego que piense en mis palabras.

—Lo pensaré. Adiós, Tom.

Tom Gordon se alejó, en efecto, pero no estaba tranquilo. Seguía clavada en su retina la imagen de la muchacha junto a las aguas turbias de la piscina.

No era una broma. Quizá trataba de suicidarse. ¿Y entonces qué? Todos sus planes por tierra. Uno no puede casarse con una muerta. Aparte de eso perdería su magnífico empleo.

Definitivamente contravendría las órdenes de la muchacha. Sí, terminaría decidiéndose. Acabaría por hacer limpiar de aguas pútridas aquella condenada piscina... Así no se ahogaría nadie en ella.

Clara Donovan avanzaba por los largos, por los interminables pasillos del colegio.

Ahora aún estaba muy alto el sol. Se veía perfectamente. La sensación que se tenía no era de miedo, sino de nostalgia.

Avanzaba como una sombra.

Tom Gordon ya estaba lejos, y la sensación de soledad era absoluta. El silencio también lo era. Sólo oía sus propias pisadas.

Entonces oyó el crujido de aquella puerta.

No le causó ninguna sorpresa, porque daba por descontado que Gerald tenía que estar por allí. Y que terminaría encontrándolo de un momento a otro.

En efecto, fue Gerald el que apareció. Tenía una expresión preocupada. Como si pudiera verla se dirigió hacia ella, guiándose por el sonido de los pasos de la muchacha.

—Clara...

—Confiaba verle, Gerald.

—Con más razón esperaba yo verla a usted. Mejor dicho, verla no, sino encontrarla... Aún no he podido desprenderme del lenguaje de cuando estaba bien. ¿Qué ocurrió?

—¿Qué ocurrió en qué?

—¿Y aún lo pregunta? Habíamos acordado que usted saldría para avisar a la policía.

—Y lo hice, pero...

—¿Pero qué?

Ella se retorció las manos con una especie de angustiosa desesperación.

—Usted no puede hacerse cargo, Gerald.

—Dios santo... ¿Hacerme cargo de qué? ¿Pero es que todos estamos locos? No solo no avisó usted a la policía, sino que se llevó el cadáver. Porque estoy seguro de que tuvo que ser usted. Me armé de paciencia hasta el fin, y cuando regresé a aquella cama y la palpé ya no había más que un poco de sangre coagulada. Fue una sensación tétrica, se lo aseguro. Pero el cadáver no estaba.

—Yo... me lo llevé —confesó Clara.

—¿Adónde?

—No puedo confiar en usted.

Él avanzó dos pasos. Por el sonido de su voz, la había situado perfectamente ya. La sujetó por los hombros zarandeándola con una fuerza casi violenta. No quería hacerlo sin duda, pero era un hombre demasiado robusto para ella. Clara Donovan sintió que era impulsada de un lado a otro.

—¡Esto no es una broma! —gritó él—. ¿Es que no se da cuenta? ¡Se trata de un sucio asesinato y no podemos dejar las cosas así! ¡Dígame lo que hizo con el cadáver! ¡Dígame por qué no avisó a la policía!

Ella gimió entre cortadamente:

—Es que... Le repito. No puedo confiar en usted.

—¿No puede confiar en qué? —El rostro del joven reflejaba sorpresa—. ¿Es que trata de proteger al criminal?

—Es inútil, Gerald. No le diré nada.

La actitud del hombre cambió. La soltó poco a poco y suspiró con desaliento.

—Bueno, Clara, tal vez ha llegado el momento de que usted vea algo más. Si eso no la convence, yo ya no sé qué habrá que hacer con usted.

La tomó de un brazo y susurró:

—Permítame.

La condujo en silencio a lo largo del pasillo que cada vez parecía más interminable. Luego ascendieron unas escaleras de hierro que llevaban al piso superior, a los dormitorios de los profesores y a las amplias secciones de servicio. Avanzaron por otro pasillo. Este más corto. Llegaron ante una puerta.

El ciego se movía con seguridad, quizá porque ya había recorrido varias veces aquel mismo trecho.

Abrió aquella puerta.

Y un olor fétido que hizo dar a Clara un paso atrás, brotó como una vaharada caliente de aquella habitación apenas se hubo abierto la puerta.

La muchacha quedó quieta en el umbral, con los ojos desencajados.

Y lo peor para ella es que no se atrevía a respirar, porque no quería captar aquel aire pestilente. Notaba que sus rodillas cedían. Temió ir a caer.

Él pareció adivinarlo y la sujetó.

—Lo siento —dijo—, pero más vale que se convenza de una vez.

Clara, en efecto, quedó «convencida». Lo hubiese quedado cualquiera. Bastaba ver el cadáver que yacía en la habitación, medio repartido entre la cama y el suelo, porque sus piernas estaban en el colchón y su cabeza tocaba las baldosas.

La muchacha debía llevar muerta varios días, porque de su cuerpo empezaba a desprenderse un violento hedor.

Pudo acercarse al cadáver. Miró su cara.

Y entonces lanzó una especie de gemido.

—¿La conoce? —preguntó Gerald.

—Sí... Claro que sí... Es una antigua compañera mía.

—¿Cómo se llamaba?

—Mora Kimpson. Conocía incluso a sus padres... Un matrimonio ya algo mayor, bastante miopes los dos... Es terrible... Es terrible pensar que Nora... haya tenido que morir aquí.

—¿Había alguna razón especial para que eso sucediese? ¿Es que ella temió morir aquí alguna vez?

Clara temblaba ahora espasmódicamente. Apenas era capaz de hablar.

—Es una vieja historia —murmuró al cabo de unos instantes—. A veces en el dormitorio se despertaba chillando de terror. Decía que una sombra la perseguía. Y que terminaba matándola, al clavarle un cuchillo en la espalda.

Añadió mientras se llevaba ambas manos a la boca:

—Justamente... la... mataron por la espalda.

—¿Se da cuenta de lo que esto significa? —murmuró entonces Gerald—. Yo no podía sospechar ni remotamente que hubiera algún cadáver más aquí, hasta que yendo por el pasillo el hedor me llamó la atención. Entré y lo descubrí. Me di cuenta además por la

situación de la herida, de que no era la primera muerta que usted me mostró, sino otra distinta. Y pensaba salir de aquí como fuera y avisar a la policía. Pero entonces he oído el ruido de su coche.

Clara guardaba silencio.

Al fin pidió con voz ronca:

—Por favor, vámonos de aquí...

Salieron. Una vez hubieron cerrado la habitación, murmuró:

—Supongo que se da cuenta de lo terrible que es esto. Ya no se trata de un crimen, sino de dos. En este edificio anda algún loco suelto, un sádico, un maníaco... Debido a mi ceguera actual, no puedo saber si esas dos muchachas han sido atacadas por simples ladrones o bien por psicópatas. Pero usted sí que podrá notarlo. Diga, ¿lo han sido?

—No, esa no es la razón.

—¿La razón? ¿Es que usted la conoce?

—Pues... no.

Las fuertes manos de Gerald volvieron a zarandearla aunque estaba claro que no quería hacerle ningún daño.

—Usted sabe más de lo que dice, Clara. ¡Sabe mucho más! ¡Hable!

Ella gimió débilmente. Forcejeó para desprenderse de aquellos dedos.

—Gerald... —dijo al cabo de unos instantes—. ¿Puede tener una pequeña dosis de confianza en mí?

—¿Qué va a pedirme?

—Sólo que me deje reflexionar durante una hora. No le pido más que eso. Una hora.

Él se mordió el labio inferior, mientras vacilaba.

—¿No va a escapar otra vez?

—No, y se lo demostraré. Tenga las llaves de mi coche. Puede guardarlas hasta que yo vuelva.

Se las puso en la mano. Él las sopesó un momento y las guardó en uno de los bolsillos de su americana.

—¿Y esa hora —preguntó—, para qué la necesita?

—Para pensar.

—Clara... —La voz del hombre se había hecho amable, casi dulce—. Noto que está usted en un apuro, aunque no puedo adivinar sus causas. ¿Me necesita? ¿En qué puedo ayudarla?

—Sólo de dos maneras: esperándome y aguardando, por el momento guarde silencio sobre lo que ha visto.

—De acuerdo, lo haré.

La muchacha se alejó pasillo adelante, hacia la salida.

—Nos reuniremos en el dormitorio —dijo—. Justo dentro de una hora.

Y salió.

Descendió por unas escaleras de caracol que llevaban a la planta más baja a los semisótanos.

Tenía una expresión resuelta. De pronto parecía haber tomado una firme decisión.

Alguien la seguía, aunque no llegó a verlo.

Una sombra se deslizaba tras ella hábilmente, evitando el menor ruido.

Gerald notó por el ruido que ella descendía por la escalera de caracol.

Y siguió detrás, mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa indefinible.

CAPÍTULO VII

Los semisótanos consistían en un enorme recinto que tenía unas ventanas altas, situadas por el exterior a nivel del suelo. A aquella hora del crepúsculo apenas se filtraba luz, entre otras razones porque los cristales estaban muy sucios. La sensación de semioscuridad era casi sobrecogedora.

Antiguamente allí estuvo una de las secciones de la biblioteca; Clara lo recordaba muy bien. En sus primeros años de colegio estuvo estudiando muchas horas en aquel lugar.

Clara se detuvo en el umbral.

Había contenido la respiración.

Veía las columnas, el suelo aún brillante en algunos puntos, las marcas de las estanterías, y veía, sobre todo, las espesas sombras que ya empezaban a extenderse aquí y allá.

Avanzó poco a poco.

Otra vez notaba el susurro de sus propios pasos. Y de nuevo le parecía como si aquello lo causara una persona extraña.

Hasta que de pronto tuvo la fuerte sensación de que era así, en efecto. De que aquel sonido de pasos no lo producía solamente ella.

Se detuvo.

El susurro a su espalda se detuvo también, pero unas décimas de segundo más tarde.

Alguien la estaba siguiendo...

Se volvió, y entonces pudo ver aquella sombra.

Tenía que ser la misma que había visto Nora Kimpson antes de morir. Y la misma que vio Lorena Hawson.

Allí no podía pedir ayuda a nadie. Era como si estuviese en la misma boca del lobo. Ella misma se había colocado en un sitio desde el que le sería casi imposible huir.

Pero no tenía miedo.

Sabía que a ella, a Clara Donovan, no podía ocurrirle nada.

—Mamá... —susurró.

La voz sonaba muy débilmente en su garganta. Tenía los brazos caídos, sin fuerzas a lo largo del cuerpo. Y continuó:

—Siempre te he llamado mamá aunque no lo fueras realmente. Sabes que te he querido, que te he respetado. Durante años, mientras ha durado tu encierro en la clínica, yo te he visitado semanalmente. No te ha faltado nada.

Hablaba con voz débil, pero incluso eso parecía costarle un terrible esfuerzo. Se interrumpió como si le faltara el aire.

De la sombra no partió ningún sonido.

Sencillamente, la escuchaba.

—No tienes ninguna queja de mí —susurró Clara—. Cierto que el dinero era tuyo. Pero yo podía administrarlo perfectamente a mi modo, despreocupándome de ti. En lugar de eso he actuado como si realmente fueras mi madre. Eso tú lo sabes.

Silencio.

Aquel silencio le parecía más atroz que nunca y llegaba a helarle los nervios.

—¿Por qué no me contestas? —susurró.

Pero de la sombra, como antes, siguió sin brotar un solo sonido.

—Bien, lo mismo da... Si quieres guardar silencio, yo no te lo reprocho. En realidad ya es bastante en que hable yo sola. Verás... Yo nunca hubiera imaginado que aquí se cometiera un crimen. Compré esto porque me llenó de nostalgia pensar que el colegio pudiera desaparecer. No caí en que estaba muy cerca del sanatorio mental donde tú te hallabas, y que este sería un excelente refugio para... para una mujer como tú. Pero cuando vi a Lorena muerta, empecé a temblar. Y cuando alguien me dijo que avisara a la policía, pensé que antes tenía que hacer otra cosa: ver si tú seguías en el sanatorio. Y el susto más grande que he tenido en mi vida lo sufrí al oír decir al director que tú habías huido.

Volvió a suspirar con desaliento, para continuar:

—Sí... La terrible verdad estaba ante mis ojos. La siniestra respuesta a mis preguntas era solamente una. Tú odias a las que son más jóvenes que tú... Las odias con toda tu alma. No es extraño que... que hayas matado a dos de ellas.

Se retorció los dedos nerviosamente, mientras las sombras, en torno suyo, se espesaban más y más.

Con voz ligeramente más alta, añadió:

—Lo que quiero pedirte es esto: sálvate. Si te salvas tú y te marchas, tampoco se cometerán más crímenes. Y es posible que los dos que se han cometido ya, no sean descubiertos en mucho tiempo. Pero tienes que huir. Te daré dinero si quieres. ¡Huye y no vuelvas por aquí! ¡Márchate bien lejos!

Sus últimas palabras habían sido casi un sollozo. Se llevó las manos a la cara.

Y el silencio volvió a hacerse en torno a ella, aquel silencio tenebroso que crispaba los nervios.

—¿Qué respondes? —musitó Clara al cabo de unos instantes de angustiosa espera—. ¡Dime algo!

Pero tampoco obtuvo respuesta.

Iba ya a acercarse a la sombra, a la que seguía viendo de una forma muy fragmentaria, cuando de pronto algo la detuvo.

Era el rumor de un coche que se acercaba velozmente.

CAPÍTULO VIII

Artig cambió de marchas y redujo la velocidad. Por el parabrisas miró el edificio.

—¡Muchachos! —Gruñó—. ¡Menuda barraca!

Bill se desperezó en el asiento de atrás.

—¿Cuánto tiempo calculas que hemos de permanecer aquí?

—No más de dos días. Es imposible que esa imbécil resista cuarenta y ocho horas de dosis.

Y señaló el bulto que iba detrás, junto a Bill.

La mujer se hallaba esposada a él, aunque eso no se advertía desde el exterior. Un observador solo hubiera podido notar que la mujer estaba dormida, cosa que al fin y al cabo era bastante normal. Lo que no hubiera podido adivinar era que para aquel viaje la habían llenado de somníferos hasta las orejas.

El coche se detuvo del todo.

Las sombras ya casi cubrían el gran patio. Artig suspiró con alivio.

—Bueno, creo que hemos encontrado un buen sitio —dijo—. Tanto buscarlo, dispuesto a pagar dinero incluso, y resulta que lo tenemos barato. Aquí no nos molestará nadie...

—Eso crees, ¿eh? —preguntó Ben.

—¿Por qué lo preguntas?

—Mira.

Y señaló el rutilante «Jaguar» que estaba detenido cerca de la puerta, a su izquierda.

—Cuerno... ¿quién puede ser?

—De la policía, seguro que no. Los gorilas de la Criminal no emplean esos cacharos.

Las facciones de Artig se habían endurecido.

—Y aquí hay marcas de otro coche —dijo señalando las que había dejado el coche de Tom Gordon—. Esto no está tan solitario

como yo creía. Claro que, de todos modos es muy difícil que nos vean.

—¿Qué hacemos? Ahora ya no podemos volver atrás, porque la bofia nos localizará. En este edificio habrá un lugar donde no nos vean ni nos oiga nadie. Hay que buscarlo.

Descendió pero luego pareció pensarlo mejor. Volvió a subir y puso el motor en marcha.

—Hay que ocultar el coche —murmuró.

Rodeó el colegio, buscando dirigirse a la parte posterior. Vio que allí había un gran cobertizo cubierto, muy bien construido, que en otro tiempo debió servir justamente como aparcamiento. Dejó el coche en un lugar desde el que no pudiera ser visto a menos que uno se acercara mucho y se apeó.

—Tú, Ben, quédate.

Bill y Artig avanzaron hacia la entrada principal. La puerta estaba entornada. Vieron el enorme vestíbulo y las escaleras. Subieron por ellas con la mayor tranquilidad.

Distinguieron el enorme corredor. Y captaron al lejano «tlaaac, tlaac» de una puerta mal cerrada y que crujía a causa de alguna corriente de aire.

—¿Qué es aquello?

—Nada, ya ves... Todo el edificio hace ruidos extraños. Mira, eso debían ser los dormitorios de las chicas.

Se detuvieron en el umbral de aquella puerta. Los ojos de Bill relucieron al ver las veinte camas, unas frente a otras, y todas limpias y perfectamente hechas.

—Oye, Artig... ¿aquí dormían veinte chicas?

—¡Pues claro!

—Veinte chicas... ¿de qué edad?

—¡Quién sabe! Pon entre diecisiete y veinte años.

Los ojos de Bill brillaban más y más.

—¡Diablo...! ¿Te imaginas? ¡Esto debía ser de miedo cada noche!

—Te hubieras aburrido. De todo se cansa uno. ¿Sabes qué te digo? Demasiadas mujeres a la vez.

Bill tocó la ropa de una de las camas.

—Yo diría que aún está caliente... Oye, ¿qué debe haber detrás de aquel biombo?

Señalaba el que había en el fondo, y tras el cual se distinguía parte de una cama. Un biombo que Clara Donovan hubiera reconocido muy bien.

—¿No lo ves? Pues una cama. Las chicas de los colegios bien no duermen solas. Una vieja guardiana las vigila para que no se tiren las almohadas a la cabeza, o quizá para que no escondan a ningún galán de cine. Si la vieja se encuentra a un hombre en ese dormitorio... ¡zas!

—Zas... ¿qué?

—Pues que se lo lleva para ella, hombre. Parece mentira que seas tan burro.

Le indicó que saliesen.

Todo aquello no les convenía. Necesitaban un lugar muy alto o un sitio muy bajo, para no ser vistos.

Resolvió mirar en las alturas, en los áticos del edificio. Desde allí podrían vigilar mejor si llegaba alguien, e incluso huir con más facilidad.

Subieron por una escalera de hierro. Y pasaron ante una serie de puertas cerradas.

Bill balbució:

—Oye, Artig. ¿No hueles?

—¿Oler a qué?

—Pues yo juraría que... a muerte.

—¡No seas animal, hombre! ¡Primero hueles a mujer y después resulta que hueles a cadáver! ¿En qué quedamos?

—Pues si tú no lo notas es que debes estar resfriado Artig.

—Quizá lo esté, pero yo no me trago esa tontería. Hala, vamos, no hay que perder tiempo.

Señaló otras escaleras, estas más estrechas, que ascendían hasta las buhardillas del colegio.

Estas le parecieron ideales para lo que estaban buscando. Con las ventanas bien cerradas, era imposible que se oyera nada desde el exterior. Y ellos divisaban una amplia zona de terreno, o sea que podían ver si alguien se acercaba.

—Nos quedaremos aquí. Tú, Bill.

—¿Qué?

—Avisa a Ben. Y entre los dos subís a la chica, si no ha despertado aún.

—Okey.

Salió. De nuevo ante la puerta cerrada de la que parecía desprenderse aquel indefinible hedor, se detuvo otra vez.

Estuvo tentado de entrar, pero al fin decidió no hacerlo. Era peligroso desobedecer a Artig.

Encontró a Ben en el coche, esperando pacientemente.

—Eh, tú.

—¿Habéis encontrado algún sitio?

—Sí; un lugar estupendo, en las buhardillas. ¿Y esa qué? ¿No despierta?

—Ni hablar.

—Vamos a subirla. Artig espera arriba.

Los dos hombres cargaron a Patricia Burton y empezaron a ascender con ella. No tuvieron ninguna prisa.

Jadeaban ya cuando llegaron al segundo piso. Patricia era una chica sana en lo mejor de su salud. Por tanto tenía un peso apreciable. Ahora le pareció a Bill que el hedor no se notaba tanto. Y Ben no lo advirtió.

—¿Más arriba?

—Otro piso.

Llegaron con ella a la buhardilla donde estaba Artig. Este la había elegido por una columna que resultaba ideal para atar a la muchacha.

—No se ha despertado aún, ¿eh?

—No, pero no puede tardar.

—Hay que atarla. Y cerrar bien las ventanas.

—De acuerdo.

Los dos sicarios cumplieron las órdenes que se les había dado. En las manos de Ben, Patricia era como un dulce fardo. Notaron que el vestido se le había pegado en la espalda.

—De la cintura para arriba es una llaga pura —dijo Ben.

—Debe querer mucho a su marido esa zorra. No haber hablado aún... ¡Después de tantos golpes y no haber hablado aún...!

—Sabe que si pescamos a Gerald acabáremos con él.

—Y no es para menos. Con solo unas palabras podría destruir el gang. *El negocio de los jefes se iría al agua, y nuestras pagas también.*

Bill llegaba en aquel momento, cargado con dos pesadas bolsas. Sudaba a pesar del frío reinante.

—¡Qué bonita está! —dijo, clavando en Patricia una mirada viscosa.

—Deja eso ahí. ¿Y aquel coche?

—Aún está abajo.

—Es extraño. ¿Quién estará aquí? Luego habrá que dar una batida para averiguarlo. ¿Hay luz?

Bill movió el interruptor, y la única bombilla envió una luz mortecina y cárdena.

—Es suficiente —opinó Artig—. Y mejor que sea débil, porque así no se ve desde el exterior. De todos modos echa las cortinas de la ventana. Y ahora vamos a seguir con ella. Hay que «trabajarle» los pies.

—¿De qué modo?

—Pequeñas cuñas entre las uñas. Verás que pronto cambia de opinión. Por mucho que quiera a su marido, «canta». Voy a prepararlo todo.

Patricia Burton iba recuperándose. Pero era para encontrarse sumida en un mundo de horror más negro, más insalvable que nunca.

Minutos después su alarido llenaba la noche. Pero nadie llegó a oírlo fuera del colegio.

CAPÍTULO IX

Tampoco lo oyó Clara Donovan, encajonada en las paredes del sótano. Ni lo oyó tampoco el hombre que estaba junto a una de las gruesas columnas, cerca de la puerta.

Gerald sentía que un sudor helado había ido naciendo en sus sienes poco a poco.

No podía ver nada, aunque había notado que lentamente sus ojos se recuperaban y le era posible captar algunos puntitos de luz. Estaba a ciegas completamente. Sólo los pasos de Clara le habían guiado hasta allí, y solo su voz había oído durante aquellos dramáticos momentos.

El sudor frío se hacía más espeso, más angustioso.

De repente acababa de conocer la terrible verdad. Y era una realidad dolorosa, tan triste que le dejaba como paralizado.

Ahora comprendía por qué Clara Donovan no había querido avisar a la policía.

Comprendía también que hubiera ocultado el cadáver en las aguas de la piscina. Y se hacía cargo de que iba a ser muy difícil obligarla a que se diese cuenta de todo lo ocurrido.

Oyó de nuevo su voz, ahora con un trémulo angustioso.

—¿Por qué no me contestas? ¿Dónde estás? ¡Habla de una vez! ¿Dónde te has ocultado?

Porque en efecto, la extraña sombra había desaparecido. Ahora Clara ya no veía nada.

Existían bastantes puertas allí. La sombra podía haber marchado por cualquiera de ellas, avanzando de columna a columna.

De un modo u otro, la muchacha estaba ahora sola otra vez. Desde luego no podía ver a Gerald.

Este tragó saliva, penosamente.

¡Si él pudiera valerse de sus propios medios! ¡Si lograra salir de allí y llegar al menos hasta la carretera!

Lo peor era que no sabía siquiera por dónde ir. Le era difícil orientarse fuera del colegio.

Su amigo, el que le traía alimentos y algunas cosas de aseo, no vendría hasta dos días después. Era imposible esperar tanto. Necesitaba tomar una decisión.

Contraajo las mandíbulas. Todo aquello era espantosamente triste.

Y además a él no le convenía ir a la policía, porque debería explicar lo de su mujer. Y entonces los secuestradores la matarían. Se lo habían advertido, y no eran de los que amenazaban en vano.

¿Pero qué hacer?

No podía dejar las cosas así. No podía permitir que aquella loca, escapada del sanatorio mental, cometiera nuevos crímenes.

Ahora le parecía cada vez más evidente, que Clara Donovan no daría un paso para denunciarla. Buscaría mil pretextos para no ir a la policía. De modo que eso tenía que hacerlo él.

Silenciosamente salió del sótano.

Necesitaba palpar las paredes, pero por lo demás se movía con tanta seguridad como si pudiera ver.

Encontró la puerta y salió al patio.

Una corriente de aire frío le dio en el rostro. Intentó orientarse a través del enorme patio, buscando el camino que llegaría a la carretera.

Tropezó con un árbol.

Los árboles debían flanquear el camino. Por consiguiente si los seguía, terminaría saliendo a la carretera.

Le pareció entonces oír un grito, un grito lejano de mujer que rasgaba el aire.

Se detuvo, atónito, tratando de captarlo otra vez.

Pero no se repitió más. Gerald pensó que aquello había sido una alucinación suya.

Y siguió andando. Estaba bien lejos de imaginar que la garganta que acababa de lanzar aquel terrible grito de dolor era la de su propia esposa.

Siguió caminando. Tropezó con otro árbol.

Seguro que estaba en el buen camino.

Lo que no podía sospechar era que había un importante desnivel en aquel lado de la senda. Un desnivel que en algunos puntos se

transformaba en un verdadero barranco.

Los ojos del ciego lo bordeaban peligrosamente pero él no lo notaba. Sólo deseaba encontrar el próximo árbol, llegar a la carretera general, donde le recogería algún coche.

De él dependía el que no se cometieran más crímenes. En sus manos estaba todo.

De pronto notó que su pie izquierdo encontraba el vacío. Intentó sujetarse a algún sitio, mientras braceaba.

No pudo. Se contorsionó en el vacío, mientras también su pie derecho perdía terreno firme. Y al fin, con un leve gemido de sorpresa, terminó cayendo.

Artig masculló:

—Basta.

Debía reconocer que era asombrosa la resistencia de la mujer, y que él mismo no hubiera aguantado tanto. Patricia Burton llevaba varios días de suplicio en suplicio. La habían desmoralizado, la habían humillado y hundido.

Pero todo esto sin conseguir nada.

Le dio un puntapié en la boca.

Patricia se retorció, gimiendo de dolor.

—¡Debes querer mucho a tu marido!

Bill murmuró:

—Esa boca no se hizo para golpearla, sino para otra cosa.

Artig dio un puñetazo en una de las paredes.

—¡No se trata de tener ideas propias, imbéciles! ¡Detrás está el gang! ¡La misma pena que nos apliquen a nosotros les aplicarán a ellos, es decir a los que nos han mandado hacerlo! Y si el jefe ve bailar sobre su cabeza una condenada muerte, aunque sea de lejos, te juro que no vivimos para contarlo. Nos hace ametrallar en cualquier esquina. ¡Y basta de idioteces! ¡Aquí el que manda soy yo!

Bill se batió en retirada.

—No se trataba de discutirlo...

—Lo de Gerald será distinto porque simularemos lo de él con un accidente, pero Patricia es un caso especial. Oye, Bill.

—¿Sí?

—¿Está aún ese coche ahí abajo?

Bill miró por la ventana, descorriendo levemente la cortina.

—Sí.

—Cuerno, y ya se ha hecho casi de noche... No lo entiendo. Habrá que dar una batida.

—La haré yo —se ofreció Ben.

—La daréis Bill y tú mientras yo vigilo a esta maldita. Cada uno os repartís un piso de los dos que hay debajo de este. Un disparo bastará para dar la alarma. ¿Comprendido?

—Desde luego.

—Repasad vuestras pistolas. Y, hala, abajo.

Los dos sicarios salieron.

Bill murmuró:

—Yo el segundo piso. Tú el primero.

—Como quieras. Oye...

—¿Qué te ocurre ahora?

Ben sonrió ladinamente.

—¿Te imaginas si ese coche que hay ahí abajo fuera el de una antigua alumna?

—Claro que... lo imagino.

—Si la encuentras me avisas, ¿eh?

Bill también emitió una risita de conejo.

—Claro, muchacho. Claro...

Cuando su compañero hubo desaparecido, él miró en torno suyo. Apenas se veía ya nada. Las paredes eran como grandes manchas de sombra. Y al fondo, como la entrada del panteón, estaba la puerta de la que él creyó antes que se desprendía un hedor extraño.

Aspiró. Sí, ahora lo volvía a notar.

Allí había algo raro. Empezaría su registro precisamente por aquella puerta.

Se acercó a ella. La abrió.

La puerta produjo un largo quejido.

Los ojos de Bill se fueron habituando poco a poco a la penumbra. Y de pronto sus dientes produjeron una especie de chasquido.

Quedó tan petrificado que incluso se olvidó de cerrar la puerta.

Del cadáver se desprendía aquel hedor que él había notado antes. La chica debía llevar dos o tres días muerta. Él entendía lo bastante de fiambres para poder hacer aquel cálculo.

Se acercó a ella.

Su asombro iba desapareciendo. Al fin y al cabo aquel era más o

menos su ambiente normal.

Sin ninguna clase de asco, tiró de los cabellos de la muerta y le alzó la cabeza. Vio que había sido muy bonita. Y una chica fina, a juzgar por su ropa interior. No le faltaba nada.

Bill la examinó con atención fijándose en todos los detalles. Lástima de chica, maldita fuera... La dejó caer, y la cabeza de la muerta chocó contra el suelo: Todo el cuerpo estuvo a punto de resbalar de la cama abajo. El sonido que produjo se confundió con un «ññññeeec» más largo de la puerta a su espalda.

Bill ni siquiera se volvió.

«El viento —pensó—, el viento».

Pero vio a través de la ventana las hojas de los árboles. Y pensó maquinalmente que justamente ahora ni una sola de ellas se movía.

Entonces... ¿qué era aquello?

Empezó a volverse poco a poco. Con una tremenda lentitud.

Por primera vez en muchos años, Bill, al fin y al cabo un hombre de acción, sentía agarrotados sus nervios y sus músculos. Una cosa fría subía y bajaba por su columna vertebral. Acabó de volverse del todo y no vio a nadie.

Todo estaba igual. Pero la puerta aún oscilaba como si alguien la hubiese movido. Y no era el viento.

Paseó los ojos en torno suyo. El dormitorio donde estaba ahora era muy grande y estaba repleto de sombras. Apenas podía distinguir lo que había a unos pocos pasos. Pero le pareció que algo se movía enfrente de él.

Sacó la pistola.

Llevaba ocho balas en el cargador. Bromitas a él, ¿eh? Muy bien, que probasen. Ya hacía tiempo que ansiaba darle gusto al gatillo sin que Artig le metiese bronca.

Avanzó. Pero cuanto más adelantaba, más espesas se hacían las sombras. Y más grande le parecía aquel dormitorio que daba la sensación de no ir a terminar nunca.

De pronto oyó un crujido a su espalda, cuando ya estaba a punto de llegar a la pared del fondo.

Se volvió. Y entonces vio aquella sombra.

Espesa, ancha, casi iluminada. Una sombra que formaba parte de la oscuridad de la habitación, que no tenía forma.

Lo que sí era real era el cuchillo que sostenía en la derecha. Y

aquel cuchillo se movió ya hacia él.

Fue a disparar. Sólo necesitaba desviar la pistola unas pulgadas. Pero tenía los músculos agarrotados y era como si le fallaran las fuerzas.

No pudo terminar de cerrar el dedo sobre el gatillo.

Aquella sensación fría fue directamente al fondo de su corazón, haciéndole estremecerse. El arma resbaló de entre sus manos como un trasto inútil.

Bill cayó de rodillas.

De su garganta apenas llegó a brotar un estertor. De pronto cayó definitivamente al suelo, hundiendo la cara entre el polvo.

De la sombra volvió a surgir aquella risita gutural, extraña, que helaba la sangre.

CAPÍTULO X

Tom Gordon entró en su despacho y se tomó el tercer calmante de aquella noche. Solía acostarse temprano y así lo había hecho, pero esta vez le era imposible conciliar el sueño.

Se preparó luego un *whisky* doble, pero no podía alejar de su pensamiento aquella idea fija.

La piscina.

Era seguro que allí se ocultaba algo. ¿Por qué tenía Clara tanto interés en no vaciarla? ¿Y si era verdad que pensaba suicidarse? A muchos no les da miedo el agua cuando tratan de suicidarse; al contrario se sienten como atraídos hipnóticamente por ella.

Bebió un largo sorbo.

Diablos, si ella se mataba, todo se iría al cuerno. Sus esperanzas, sus ilusiones, el dinero con el cual tanto soñó. Estaba convencido de que terminaría casándose con Clara Donovan porque ella no frecuentaba la compañía de otros hombres, y esa clase de chicas se casan con el tipo al que están acostumbradas a ver.

Claro que si Se equivocaba... Era eso lo que no le dejaba dormir. No quería dar un disgusto a la muchacha vaciando inútilmente la piscina. El colmo sería que ella le despidiese por haberla contrariado. Pero, en fin, ya habría cien excusas para arreglar aquello.

Marcó el número en el teléfono.

—¿Señor Lancaster?

—¿Quién llama a estas horas?

—Siento haberle molestado. Soy Thomas Gordon.

¿Recuerda que he de pagarle una indemnización por haber retirado a última hora mi encargo de limpiar aquel edificio?

—¡Claro que lo recuerdo! ¡Limpiar y desratizar! ¿Cree que eso no trae gastos? Ya había comprado materiales, contratado gente...

—No se preocupe, no trato de discutir su indemnización. Al

contrario, quiero que, pase a cobrarla mañana.

—¡Encantado!

—Con una condición.

—Vaya, hombre, ya salió alguna pega. Diga...

—No es una pega. Contrate a dos hombres y vaya al edificio que le indiqué. Verán en la parte trasera una gran piscina olímpica. El agua está ya muy sucia, casi pútrida. Es posible incluso que los sistemas de desagüe no funcionen, después de estar inmovilizados tanto tiempo. Quiero que vacíen aquella piscina y que la limpien bien. Ni una gota de agua, ¿entienden? Les pagaré los viajes, las dietas y las horas. Y si quieren por adelantado.

El vozarrón de Lancaster masculló:

—¡Claro que cobraremos por adelantado! ¡Y con caballeros como usted da gusto tratar, señor Gordon! Si alguna vez se presenta para Presidente de los Estados Unidos no deje de avisarnos, porque mi voto y el de mi mujer los tiene seguros.

—¡Váyase al cuerno!

Lancaster lanzó una carcajada.

Y colgaron los dos.

Bueno, ya estaba hecho.

Revisó algunas viejas carpetas del archivo de su padre, que en realidad hasta entonces no le habían interesado nunca. Facturas viejas, comprobantes, saldos bancarios que ya no tenían ninguna actualidad... pero vio también un par de viejas fotos. Clara Donovan cuando era colegiala, por ejemplo, en los últimos cursos del Sorensen. Una sana y apetitosa chica, desde luego. Y además se le añadía la virtud de sus millones...

También estaba su padre, Burt Donovan. Era un hombre alto, bien conservado, que no inspiraba ninguna clase de antipatía a las mujeres, y en especial si amenizaba sus sonrisas con algún billete. Su esposa Margaret, estaba junto a él. Se notaba que era un poco mayor, pero eso lo compensaba con una elegancia y una distinción a toda prueba. Hay mujeres que nacen para ser auténticas damas, y Margaret era una de ellas. En la foto parecían una pareja feliz.

Tom Gordon arrugó el ceño.

Fue a volver a su dormitorio. Y en aquel momento sonó el teléfono junto a él.

—Dígame.

—¿El señor Thomas Gordon?

—Yo mismo.

—Perdone que le moleste a estas horas. No me he enterado hasta hace un momento que usted es el apoderado y administrador de la señorita Clara Donovan.

—Soy el que lleva todos sus asuntos. ¿Qué ocurre? ¿Es que... le ha sucedido algo?

—No, no, tranquilícese... Le llamo por simple precaución. Yo soy el director del sanatorio mental de Hartmoor.

Hartmoor... El pensamiento llegó enseguida hasta Gordon. En aquel sanatorio estaba la madrastra de Clara. Él no lo había sabido hasta que se lo dijo el doctor, porque Clara pagaba las facturas directamente, de su dinero personal.

—¿Le ocurre algo a la madrastra de Clara? —preguntó.

—Ah, ya veo que está usted enterado... Lo celebro porque eso evita una larga explicación. Me limitaré a recordarle que la señora viuda de Donovan está recluida aquí por mandato judicial. Quiero decir que estaba recluida aquí. Pero se ha fugado.

Tom lanzó un respingo.

—¿Lo sabe Clara?

—Naturalmente que sí. Yo mismo se lo dije. Vino con la pretensión de verla y entonces hube de darle la noticia. Se quedó helada, pobre muchacha. No sabía qué hacer. Yo le dije que mi obligación era dar cuenta a la policía, pero que me dolía resucitar un viejo escándalo. Y entonces ella me pidió que esperásemos un poco. Que trataría de buscar a su madrastra ella misma.

—Comprendo.

—Bien... Lo cierto es que no ha vuelto a presentarse aquí ni me ha llamado siquiera. Debe estar aturdida, y motivos no le faltan para ello. Yo no sé qué hacer. Llamaría a la policía, pero aún espero que Clara me diga algo. Por otra parte... compréndalo... Si esa pobre enferma volviese aquí voluntariamente, nadie la haría cambiar de sitio. Mientras que si la detiene la policía la llevarán a otro lugar más seguro. Y era una cliente magnífica. Clara la mimaba como si fuera su propia madre. En las facturas no me regateó jamás mil dólares. ¿Comprende usted?

Tom asintió. Claro que lo entendía. Aquel lenguaje de intereses y de dinero era el suyo.

—Cierto... De modo que a usted le interesa agotar todas las posibilidades antes de llamar a la policía.

—Así es... Me ha entendido perfectamente, señor Gordon. Y ahí va el motivo por el cual le llamo: ¿qué sabe de la señorita Donovan? ¿Dónde puedo encontrarla?

—Pues... no lo sé.

—¡No me diga que ha desaparecido!

—No, eso no. Trataré de buscarla, pero va a prometerme una cosa, doctor. Es importante.

—Claro que sí.

—No haga nada hasta mañana por la mañana. A mí también me interesa evitar el escándalo.

—Cierto. Y espero sus noticias.

—Adiós, doctor.

Tom Gordon colgó pensativamente.

Las cosas se habían complicado.

Pensó por un momento ir al colegio a buscar a Clara, por si aún estaba allí, pero al fin desistió. Mejor sería llamarla a la lujosa residencia de Central Park.

Así lo hizo, pero le contestaron que Clara no había llegado aún. Una arruga de preocupación se dibujó en su frente.

Quizá el colegio... Pero no. En aquel inmenso caserón y de noche no la encontraría nunca.

Resolvió dejar que las cosas siguieran su curso. Si intervenía la policía, Clara necesitaría un apoyo. Él se convertiría en el hombre indispensable que al final lograría tenerla entre sus brazos.

Cuando volvió a meterse en la cama se sentía más optimista, pero hubo un pensamiento que volvió a turbarle. Aquel viejo y siniestro caserón. ¿Y si Clara estaba allí? ¿Quizá junto a la piscina...? ¿Y si alguien trataba de asesinarla?

CAPÍTULO XI

La muchacha caminaba lentamente, con la cabeza hundida, sobre el pecho. Sus pies desplazaban las hojas caídas durante el pasado otoño, y producían un sordo rumor. Pero ella apenas llegaba a oírlo. Vio confusamente que había hojas también en las escaleras que llevaban a la piscina. Subió mientras la fuerza del viento se hacía más intensa y sonaban susurros misteriosos en todas partes.

Quedó quieta en el borde de la piscina.

Su figura se recortaba perfectamente a la luz de la luna.

Estaba como obsesionada mirando el agua.

Algo la atraía, la llamaba.

Era como una voz que surgiese desgarrada del fondo del líquido, como una hipnosis a distancia.

No sabía lo que ocurría.

Pero de pronto aquella sensación. El extraño e inquietante embrujo fue roto por el ruido que produjo el motor de un coche al ponerse en marcha.

Lo vio pasar muy cerca. Salía del cobertizo del aparcamiento. Parecía mentira que el conductor no la hubiese visto.

Debía estar muy obsesionado por alguna otra cosa.

Entonces se enteró Clara de que había alguien más en el colegio. Sus hombros sufrieron un estremecimiento.

¿De quién era aquel automóvil? ¿Qué era lo que había venido a buscar allí?

No tuvo demasiado tiempo para pensar en eso, porque las luces piloto del coche desaparecieron en un momento. Su conductor iba a gran velocidad.

Artig, en efecto estaba nervioso. Daba gas a fondo.

Dejó atrás el camino enarenado que llevaba al colegio y salió a la carretera principal. Allí moderó un poco la velocidad, mientras intentaba calmarse. Media hora después distinguió las luces de una

estación de servicio, restaurante y hotel.

Se detuvo allí, pidió un *whisky* doble y lo bebió con avidez. Luego se introdujo en la cabina telefónica, preparando una buena cantidad de monedas, porque temía que la charla fuera larga.

—Garner...

La voz del otro contestó, en el colmo de su refinada amabilidad:

—¿Cómo te atreves a llamarme, perro sarnoso, idiota, pedazo de hiena que no sirves para nada?

—Garner... Soy Artig.

—¿Y crees que no lo sé? Hasta en el infierno reconocería tu maldita voz.

—Sé que me tiene prohibido llamarle, pero es importante. Además no le preocupe, porque nadie nos oye. No hemos conseguido nada con la chica a pesar de que la hemos «ablandado» a fondo.

—¿Qué habéis probado?

—La espalda y los pies.

—Probad los dientes.

Artig se estremeció. El jefe del *gang* *no se andaba en chiquitas. Era un suplicio que a uno le helaba los huesos.*

—Lo haré. Pero no quería hablarle de eso, Garner. Quería decirle que la llevamos a un colegio vacío por parecemos un sitio seguro, y del que nadie sospecharía. Se llama el Sorensen. ¿Conoce su situación?

—Sí. Era muy conocido hace tiempo.

—Bueno, pero lo que quería decir es... es que han matado a Bill.

La voz de Garner se transformó en un rugido.

—¿Qué...?

—Ese colegio es una especie de panteón, Garner. Se lo juro... Había también una chica muerta. Ben y yo la hemos descubierto después de mucho buscar, extrañados por la desaparición de Bill. Y él también estaba allí. Lo habían acuchillado a fondo.

—¿Quién?

—¿Cómo puedo saberlo?

Se produjo un instante de silencio al otro lado del hilo. Artig introdujo otra moneda en la ranura.

—Artig, tenéis que salir de ahí —masculló la voz de Garner—. Esta situación no me gusta.

—¿Pero adónde podemos ir? Ahora no tengo nada previsto. ¡Y tampoco quiero abandonar esto sin vengar a Bill!

Le parecía ver la cara congestionada de Garner, el viejo buitre al otro lado del hilo.

—Cierto, esta es nuestra norma. No se puede dejar sin vengar la muerte de uno de los nuestros, porque ese es el único modo de que se nos respete. Voy a hacer una cosa... No os mováis de ahí. Iré yo.

—Eso quería pedirle, Garner.

—Tardaré unas tres horas. Quiero ver sobre el terreno lo que ha sucedido.

Y colgó.

Artig se sentía más tranquilo.

Volvió a tomar el coche y se dispuso volver al Sorensen. Pero cuando dejó atrás las luces de la estación y del hotel, notó que su momentáneo optimismo se desvanecía. Le pareció que se dirigía otra vez hacia el infierno.

Clara Donovan, al darse cuenta de que alguien más estaba allí, había comprendido que su coche estacionado ante el edificio era un grave peligro. Era como indicar a todo el mundo que ella se encontraba en el colegio.

Claro que ya debían haberlo visto, pero quizá desorientaría a los que estuviesen allí si lo hacía desaparecer.

Llegó hasta él en silencio, y desde fuera puso punto muerto.

El coche era suave y fácil de manejar con las manos. Lo fue empujando al tiempo que maniobraba con el volante. Sabía que a un lado del camino había una zona de espesura donde un descapotable como aquel, de líneas muy bajas, podría ser ocultado fácilmente.

Rodó unas yardas y cuando el «Jaguar» estuvo en el camino, que iniciaba una leve pendiente hacia abajo, se sentó y dejó que el bólido descendiera a punto muerto.

Llegó hasta la zona de espesura y lo ocultó bien. Hecho esto se sintió más tranquila.

Miró entonces en torno suyo.

La noche ya lo cubría todo por completo, pero gracias a la naciente luna se divisaba los relieves de las cosas. Y le pareció ver, abajo, una sombra que se movía.

Era la de un hombre que estaba tendido en el suelo y que

trataba de ponerse en pie.

Sin duda había caído al barranco que había al borde de la senda. Clara intentó aguzar su vista todo lo posible, para verle mejor.

Le pareció que se trataba de Gerald.

Efectivamente tenía que ser él. Nada más fácil para un ciego que caer por un desnivel que está justamente al lado del camino.

La muchacha no lo pensó más. Descendió ágilmente por una senda que nacía cerca de donde ella estaba ahora. Y pocos instantes después estaba junto al hombre.

—Gerald... ¿qué le ha ocurrido?

—¿Es usted, Clara?

—Le he visto desde arriba.

El campeón se palpaba el cuerpo. No tenía nada roto. Pero el trompazo había sido de alivio, un golpe suficiente para hacerle perder el sentido durante más de diez minutos.

—¿Qué le ha ocurrido? —insistió la muchacha.

—Intentaba llegar hasta la carretera general para que me recogiese un coche. Quería avisar a la policía ya... ya que usted no lo ha hecho.

—Pero pensaba hacerlo.

Gerald negó lentamente, con una triste sonrisa.

—No, no iba a hacerlo, y no crea que le acuso por ello. Comprendo que sus razones para mantener el secreto son muy sólidas Clara. Verá... sin querer he oído la conversación del sótano.

Clara palideció. Y su lividez se hizo más inquietante aún a la luz de la luna.

—¿Qué ha oído? —musitó.

—Todo. Y sé cuál es su terrible problema de conciencia. Pero las cosas no se arreglan con el silencio, Clara.

Ella hundió la cabeza. Sus manos temblaban. Dibujó con los dedos un gesto de desesperación.

—Si su madrastra es una pobre loca, no la castigarán —susurró él, dándose cuenta del gesto de Clara aun sin verla—. En realidad las cosas seguirán para ella como hasta ahora: el encierro en un sanatorio, las visitas de los médicos... Total, ningún cambio importante en su vida. Lo terrible sería dejar, en cambio, que siguiera cometiendo crímenes. Por eso quería avisar a la policía.

Clara balbució:

—Me he hecho cien veces la misma reflexión que ahora se hace usted... Me decía que esto no podía continuar, pero siempre encontraba alguna razón para guardar silencio. Las dudas me volvían loca. Ahora... Ahora casi celebro que usted lo sepa, Gerald. Me ahorra el tener que tomar una decisión por mí misma. No puede figurarse hasta qué punto esto es espantoso.

—Claro que lo imagino —susurró Gerald—. Y ahora más vale que nos pongamos en movimiento. He tenido suerte en la caída, después de todo; no me he roto ningún hueso.

Ella parecía haber tomado una decisión.

—Está bien, vamos —murmuró—. Pero quiero tener la seguridad de que a mi madre no le ocurrirá nada.

—Le aseguro que será simplemente devuelta al sanatorio mental. Lo lógico, desde luego, es que no salga ya nunca más de allí. Pero ¿hubiera salido, de todos modos? Rotundamente no. Es una pobre loca y lo que necesita es que la cuiden.

—Estoy totalmente convencida, Gerald. Vamos. Precisamente acabo de ocultar mi coche a muy poca distancia de aquí.

Subieron por el sendero. Ella le guiaba. Pronto estuvieron junto a los arbustos que tapaban la carrocería del «Jaguar».

Se dispusieron a sacarlo. Y de pronto Gerald murmuró:

—¡Cuidado!

Fue él quien casi la empujó, haciendo que quedara también oculta entre los arbustos.

Clara musitó asombrada.

—¿Cómo ha podido verlo?

—Distingo puntos de luz —murmuró él—. Los médicos ya me dijeron que mis ojos se irían recuperando lentamente, y que llegaría a ver bien otra vez dentro de algunos meses.

En efecto los faros ya estaban muy cerca.

Su luz peinó los altos arbustos, tras los que ellos acababan de ocultarse, y luego se hundió en la negrura de la noche, enfocando las paredes del colegio.

Los dos se alzaron.

—Es el mismo coche que he visto salir hace poco de aquí —dijo Clara—. ¿Qué habrá, ido a hacer? ¿Y quién lo conduce?

—No sé, pero pronto lo averiguaremos —decidió Gerald.

—¿No avisamos antes a la policía?

—Me temo que las cosas sean más complicadas de lo que parecen —dijo él—. No podemos acusar a su madrastra, Clara, cuando es posible que los crímenes los hayan cometido otras personas.

—Desgraciadamente no —dijo ella—. Y yo sé bien lo que digo.

—Pero al menos tenemos que averiguar qué tipos son los que están ahí dentro. Yo no sabía que ahí hubiera alguien más y ahora se me plantea una cuestión de conciencia, Clara. Acusar a su madrastra sin estar seguros sería algo imperdonable.

—No de más vueltas al asunto, Gerald. No sé quiénes son esos tipos en el caso de que haya más de uno. Pero lo que sí sé, es que por desgracia, los crímenes los ha cometido Margaret, mi madrastra. Y más vale que terminemos de una vez con esta pesadilla.

Él volvió la cabeza hacia la muchacha, como si pudiera verla.

—¿Tan decidida está ahora a presentar esa acusación?

—¡A lo que estoy decidida es a acabar de una vez! —gimió ella, al borde del ataque de nervios—. ¡No puedo más! ¿Es que no se da cuenta? ¡A la primera muerta la oculté yo! ¡La arrojé a la piscina para, proteger a Margaret! ¡Pero ahora ya no puedo más! ¡No puedo más! ¡Acabemos de una maldita vez!

Alzaba demasiado la voz. Con sus propios dedos casi se arañaba, víctima de una crisis nerviosa. Gerald hubo de sujetarla por las muñecas brutalmente, inmovilizándola.

—¡Basta! Lo único que le pido es que me deje seguir los dictados de mi conciencia, Clara. Esto es gravísimo. Concédame al menos media hora para averiguar lo que ocurre ahí dentro. Así podremos comparecer ante la policía con más conocimiento de causa.

Clara accedió:

—Está bien... Pero no compliquemos las cosas. Quiero decir, no corramos ningún peligro. Si nosotros morimos y no podemos decir nada a la policía, esos crímenes se seguirán cometiendo.

—La comprendo perfectamente, Clara. Pero no se preocupe. No tengo el menor interés en hacerme matar.

Avanzaron los dos entre las sombras. La luna alumbraba ahora tétricamente la mole de los muros del colegio. A Clara le pareció ver cómo el leve resplandor de una lucecita en la ventana de una de las buhardillas, pero no estaba segura. Y, en silencio, continuaron avanzando.

CAPÍTULO XII

Artig llegó sudoroso a la buhardilla, a pesar de que hacía frío. La excitación apenas le dejaba hablar.

Miró a Patricia Burton, que seguía atada a la columna y le contemplaba con ojos donde ya no se leía ni siquiera desesperación; en todo caso había ya en ellos una amarga resignación ante la muerte. Ben estaba sentado frente a ella, mirando con deleite las poderosas curvas, que las torturas no habían estropeado de ningún modo.

—¿Qué hay, jefe?

—Garner va a venir.

—Vaya, menos mal.

—Él tomará una decisión. Pero temo que diga que hemos fracasado como unos imbéciles.

—¿Por qué había de decirlo?

—¿Y te parece que no tiene motivos? No hemos conseguido sacarle una palabra a esa mujer.

Apretó entonces los puños y le dirigió una mirada de odio.

—Pero aún nos quedan unas dos horas —masculló—. Dos horas bastan y sobran para arrancarle la piel a tiras a esta pájara. Y para que no solo dijese dónde está su marido, sino también dónde está el primer tío que le regaló un caramelo cuando empezó a andar.

Fue a golpearla con el pie. Pero le detuvo la mirada serena, tranquila de la mujer.

Era una mirada que impresionaba. Una mirada que parecía estar más allá de la vida y la muerte.

Artig estaba confuso.

No había visto nunca a una mujer que le mirase así, como si ella fuera la vencedora y él el vencido.

—Puede matarme, Artig —dijo ella con voz clara—. Puede destrozarme la espalda, clavarme agujas entre las uñas de los pies,

arrancarme la piel a tiras si quiere... Pero no hablaré. Yo amo a mi marido. Él es lo más importante para mí, lo único que quiero en este mundo. Nunca lo delataré. Nunca le diré dónde está, Artig. Aunque me mate. Mi vida vale poco si con ella salvo la suya. Y ahora ya puede intentar lo que quiera. No conseguirá nada... Nada...

Hundió la cabeza desmayadamente. Estaba al borde de sus fuerzas, pero aún mantenía una dignidad que impresionó a un tipo como Artig.

Pero eso duró poco.

Era un esbirro, al fin y al cabo, y esas situaciones no le afectaban demasiado. De modo, que apretó los puños y farfulló:

—Oye, Ben... El jefe me ha sugerido un procedimiento que no falla. Ahora ella está muy valiente, ya ves... Pero le durará poco. Ya verás cómo pronto pide socorro como una loca.

—¿Qué le ha sugerido Garner?

—No debieras haber pronunciado su nombre, imbécil. Bueno, ahora ya está. Y de todos modos va a venir... Oye, ¿a ti te han arrancado jamás una muela a lo vivo?

—¿A mí? ¿Cómo cree que iba a dejarme hacer eso?

—Pues ella se lo dejará hacer. Le arrancaremos la dentadura pieza por pieza, si hace falta. Ve a buscar unas tenazas. En alguna parte del colegio las habrá.

Ben barbotó:

—¿En alguna parte del colegio?

—¿Y por qué no? Hala, busca. ¿O es que tienes miedo?

—¿Yo? No... Yo no tengo miedo.

—Pues trae las primeras tenazas que encuentres. Y procura que no sean demasiado grandes.

—De... de acuerdo.

Ben salió, mientras todo el cuerpo de Patricia temblaba espasmódicamente.

No sabía si sería capaz de resistir aquel nuevo suplicio. Pero estaba dispuesta a perder el sentido diez veces antes de decir una sola palabra.

Ben salió.

Llevaba la pistola preparada. E iba encendiendo luces a su paso, exponiéndose a que alguien notara su presencia.

Tarareaba una cancioncilla.

Era ridículo, pero debía reconocer que nunca le había ocurrido nada semejante. Los pasillos interminables, los recodos llenos de sombras, las bombillas amarillentas... En todo aquello había algo que le sacaba de quicio, que le helaba la sangre. Iba avanzando poco a poco, mientras palpaba las paredes. La pistola era en su mano como un trasto inservible. Y le parecía que sus propios pasos provocaban un estruendo que había de oírse en todo el colegio.

No tenía la menor idea de dónde podía encontrar unas tenazas.

Pero, en fin, buscaría.

Abrió una de las puertas. Esta chirrió lentamente al abrirse, y Ben se enfrentó a las sombras.

Estaba en una especie de guardarropa; eso lo notó al encender la luz. Aún había allí enormes armarios con las batas que las alumnas usaban en clase. Batas largas, casi hasta los pies, y que a Ben le parecieron ridículas. Poca broma se podría hacer con chicas que usaban aquello. Aunque, ¡quién sabe! Quizá en el fondo...

La curiosidad le dominó.

Quizá ellas guardaban allí pequeños secretos, pequeñas tonterías. El mundo de la intimidad de las muchachas. —Que aún no tienen el egoísmo de las mujeres maduras—, había sugestionado siempre a Ben. Registró en los bolsillos.

Había aún en ellos pequeñas tonterías: una entrada de un baile, una carta de un muchacho, alguna foto... Incluso en una de las batas encontró una corbata masculina. Su dueña debía ser peligrosa, si se dedicaba poco menos que dejar sin ropa a los hombres... En otra bata encontró una vieja fotografía.

Eran un hombre, una mujer y una muchacha. Ben estaba bien lejos de suponer que aquella foto la había visto en Nueva York, pocas horas antes, un abogado y un administrador llamado Tom Gordon. Y que la bata perteneció a una muchacha que ahora volvía a estar en el colegio otra vez convertida además en su dueña.

Veía las imágenes ya un poco amarillentas de una pareja feliz. El hombre alto, bien conservado. La mujer quizá algo mayor que él, pero toda una dama... Y aquella muchachita. Bonita mujer debía haber sido, al hacerse mayor. Un buen bocado.

Pero ¿qué le importaba, después de todo?

Dejó la foto en su sitio. Y de repente le acometió una sensación

muy extraña. La impresión de que la luz, en torno suyo, se había hecho más amarillenta, más imprecisa. Y de que las sombras se movían lentamente. Ben tragó saliva. O intentó hacerlo. Su garganta espantosamente seca se contrajo.

Empezó a volverse.

La luz parecía volverse más amarillenta, más turbia cada vez.

Algunos papeles se movían en el suelo. Se había producido una corriente de aire, al abrirse alguna puerta. Pero ¿qué puerta? ¿Quién estaba allí?

Dos batas se movieron entonces. Y Ben vio aquellos ojos. Y tras los ojos la sombra.

Fue a disparar mecánicamente. El más absoluto de los asombros se dibujaba en su rostro. Veía aquella cara y la recordaba. ¡Acababa de verla en la fotografía! Sintió que le temblaban las rodillas. Pensó absurdamente que eso era lo que también debía haberle ocurrido a Bill antes de morir.

El disparo brotó de la pistola atronando la habitación.

Pero cuando Ben apretó el gatillo, ya el largo puñal había penetrado entre sus costillas. Ya un dolor casi dulzón, pero angustioso, se había apoderado de él. Sintió que el arma resbalaba de entre sus dedos.

Las facciones demoníacas estaban muy cerca, casi sobre las suyas.

Ben balbució:

—¡Noooo...!

Lo último que pensó fue que aquello era irreal, que resultaba absurdo morir de aquella manera.

Pero la primera puñalada no había sido absurda. Y la segunda no lo fue tampoco.

Ben cayó definitivamente a tierra.

Como había hecho Bill, hundió la cabeza en el polvo del suelo. Y de la misma forma que Bill, murió con una expresión de estupor grabada para siempre en sus facciones.

Artig, desde arriba, oyó el disparo. Y sus ojos se desencajaron mientras avanzaba hacia la puerta.

Vio las luces encendidas y los pasillos interminables. Nada más. Y notó entonces que una sensación, helada le penetraba hasta los huesos.

El coche de Garner se tragaba las millas como un bólido de carreras. Era un magnífico modelo especial que la casa «Ford» había trucado para él. Más cubicaje, más *reprise*. Había momentos en que parecía una flecha plateada sobre la cinta de la carretera.

Pero Garner no sentía la emoción deportiva de la conducción. Estaba preocupado y absorto. Se preguntaba qué diablos había ocurrido con Bill en aquel maldito colegio.

Un patrullero le detuvo. Le dejó una papeleta para una fuerte multa por exceso de velocidad.

Pero a Garner no le importaba. Lo que él quería era llegar cuanto antes, averiguar lo que sucedía. Y apenas había dejado atrás al patrullero, cuando volvió a apretar el pedal del gas a fondo.

Si Garner estaba preocupado, mucho más lo estaba Artig. Este sentía cómo sus dientes entrechocaban. Nunca le había ocurrido una cosa parecida.

Lanzó una imprecación.

¿Contra quién había disparado Ben? ¿Qué infiernos pretendía?

Por unos momentos estuvo tentado de buscarle por el inmenso edificio. Tenía que averiguar qué estaba ocurriendo allí.

Pero el miedo, un miedo sutil que no había sentido nunca, se iba adueñando de él.

Los pasillos le parecían interminables (y lo eran). Las clases oscuras e inmensas.

No, nunca encontraría a Ben allí. Quizá, en cambio, encontraría a... otra persona.

Por eso se encerró en la habitación, montando la pistola por si era necesario hacer fuego.

No, él no saldría de allí. Que, en todo caso, viniera a buscarle.

Y se dispuso a esperar, mientras sentía el paso de los minutos como gotas de ácido que fueran cayendo sobre su cerebro.

CAPÍTULO XIII

Gerald y Clara también habían oído el disparo. Fue el boxeador quien primero reaccionó, alzando la cabeza y haciendo un gesto como si olfateara el aire.

—Eso ha sido en el piso superior, Clara.

Estaban en el vestíbulo, sin haber encendido las luces. La claridad de la luna bastaba para perfilar los objetos, al penetrar por las grandes ventanas. Clara se pegó a su brazo.

—Hay más de una persona aquí —murmuró—, porque de lo contrario, ¿contra quién habrían disparado? Además, llevan armas.

—Averiguaré qué es lo que ha ocurrido.

—No lo haga, Gerald... Le matarán.

Sus dedos temblaban, sujetando casi férreamente el brazo del hombre.

—No se preocupe por mí, Clara.

—Sentiría... que le matasen.

Gerald volvió la cabeza hacia ella con curiosidad, como si realmente pudiera verla.

—No hay motivo para que yo le importe nada, Clara.

—Es usted el único hombre que... que ha estado junto a mí en momentos de peligro.

Él sonrió con una sonrisa que parecía lejana, triste.

—Se lo agradezco, Clara. Pero no se inquiete por mí. Y dejemos las cosas bien concretadas desde este momento: yo soy casado y amo a mi mujer. Ella, además, está en peligro de muerte. No permitiré que nada me distraiga de mi intención de salvarla.

—Lo comprendo —dijo ella con cierta sequedad.

—Entonces deje que vaya a averiguar lo ocurrido. Usted puede quedarse aquí.

—De ningún modo... No me deje sola. Le acompañaré yo.

—De acuerdo... Como quiera.

Ascendieron por los solemnes peldaños. Arriba, las bombillas amarillentas enviaban una claridad inconcreta. Alguien había ido encendiendo las luces mientras caminaba.

—Empezaremos por esta parte —dijo él.

Fueron mirando las enormes clases, pero no se advertía nada anormal.

Tampoco en los dormitorios, a pesar de que Clara miró incluso debajo de las camas. El guardarropa lo dejaron para el final, porque su entrada estaba al otro lado del pasillo, y ellos querían proceder con orden.

No sabían ya el tiempo que llevaban así. E iban a llegar al guardarropa cuando notaron de nuevo el ruido del motor de un coche.

Gerald alzó la cabeza.

—¿Quién puede llegar ahora?

—No lo sé... —susurró Clara.

Y era perfectamente sincera.

El coche se detuvo ante la puerta. Garner había llegado antes de lo que pensó. Miró con curiosidad en torno suyo.

Era extraño que aquel imbécil de Artig no hubiera acudido a recibirle. ¿Qué pensaba? ¿Qué iba a buscarle él poco menos que a tientas por aquel inmenso caserón?

—¡Artig! —gritó furiosamente—. ¡Artig!

Arriba Gerald se estremeció.

—¿Qué te pasa? —murmuró Clara.

—Esa voz...

—¿La reconoces?

—Claro que sí... He oído esta voz docenas de veces. Firmé contratos con él al principio de mi carrera, hasta que me rebelé contra los métodos del *gang*. *Es nada menos que Garner. ¡Ese maldito de Garner aquí...! ¿Cómo se habrá atrevido?*

Y añadió con voz espesa:

—Él ha ordenado matarme. Él ha hecho raptar a mi mujer...

Sin que Clara pudiera detenerle avanzó hacia las escaleras que llevaban al piso inferior. Sus facciones estaban duramente encajadas, formando una mueca pétrea. Sus puños, que eran los de un campeón mundial, ocasionaron como un estremecimiento en Clara.

—¡Artig!

La voz había sonado más cerca.

Garner subía ya las escaleras. Veía luz arriba, y eso le guiaba. Su cuerpo fofo y lleno de grasa se balanceaba a cada peldaño que subía. Cuando llegó arriba, estaba cansado ya.

Sus párpados sufrieron entonces una sacudida.

No podía creer lo que veía. Le parecía absurdo que aquel hombre estuviese allí.

—¡Gerald! —balbució—. ¡Gerald...!

Él había ordenado dejarle ciego. Él había mandado raptar a su esposa. ¡Había mandado incluso matarla...!

¡Y ahora estaba allí!

¡Ante él!

¡Con sus gigantescos puños preparados para el ataque!

Garner llevó bruscamente su mano hacia la funda axilar. Él tenía una gran ventaja, además de la de ir armado: Gerald no podía verle, o al menos solo podía hacerlo de una forma muy confusa.

Había logrado ya sujetar la culata cuando el primer directo vino a su cara. Se tambaleó.

—No... ¡no te atreverás!

El segundo fue un gancho. Garner tuvo la sensación de que le machacaban la mandíbula. Vaciló hacia atrás, y chocó con la baranda. Tuvo la desgracia de no caer.

Su enemigo podía verle solo de una forma muy confusa, pero ya bastaba. Para Gerald era un juego de niños machacar a aquel tipo tan poco ágil, tan poco huidizo. Le golpeó tres veces sobre las costillas y sobre el corazón. Garner recordó con horror lo que el campeón había hecho con uno de sus hombres: destrozarlo, convertirlo en una ruina.

—¡Maldito! —barbotó mientras su boca se llenaba de sangre—. ¡Maldito...!

No pudo hablar más.

El próximo golpe le arrancó varios dientes a la vez, Gerald golpeaba con saña, con desprecio, deseando matar. Garner rugió como un condenado, y eso era en realidad; un condenado... Dos golpes más al corazón le dejaron sin color. Otro le hundió varias costillas. Un alucinante gancho al mentón lo envió por encima de la baranda.

Garner apenas tuvo fuerzas para gritar mientras caía sobre el vestíbulo. Su cuerpo produjo un ruido estremecedor al chocar con las losas de mármol. Su cabeza se abrió. Sobre el polvo comenzó a extenderse una espesa mancha de sangre.

Clara Donovan se había llevado las manos a la boca.

Balbució:

—Está muerto...

—Era eso lo que merecía. Nadie me acusará por ello, además. Y hay otra cosa: si Garner ha venido aquí es porque mi mujer se encuentra en este mismo edificio. ¡Hay que buscarla!

Y se dirigió maquinalmente hacia las escaleras que llevaban al piso superior. Si Patricia estaba en algún sitio, tenía que encontrarse allí. Clara le siguió maquinalmente, como si estuviese aturdida.

CAPÍTULO XIV

Las bombillas eran más amarillentas cada vez. Los papeles, los viejos papeles que el viento arrastraba por el suelo; El susurro de las puertas que ya no encajaban bien y resbalaban por el polvo de sus umbrales. Los crujidos de los muebles, que se oían durante toda la noche.

Todo eso formaba como una sinfonía macabra en los oídos de Artig, que avanzaba lentamente. Había oído la voz de Garner, y luego sus gruñidos. No entendía lo que pasaba. Estaba tan aturdido como jamás lo había estado en ningún momento de su vida. Pero lo único que sabía era que necesitaba ir al encuentro de Garner, que necesitaba salir de allí.

Una de las puertas crujía más que las otras. Se abría y cerraba rítmicamente, empujada por el viento.

¿Habría entrado Ben allí? ¿Sería ese el sitio dónde sonó el disparo que él había oído antes?

En sus sienes habían nacido unas gotitas de sudor.

Empujó aquella puerta. Y vio la bombilla amarillenta, los papeles en el suelo.

Y algo más: el cadáver de Ben.

Estaba en un charco de sangre, como Bill. Sus manos parecían haber arañado desesperadamente el suelo en sus últimos segundos de agonía. Junto a él había un armario abierto. Y en el fondo las huellas de varias pisadas.

Artig se detuvo.

Oía su propia respiración ronca. Empuñó la pistola febrilmente, mientras miraba a todas partes. Y se atrevió a entrar en la habitación, con el dedo cerrado sobre el gatillo.

No veía a nadie. El silencio le envolvía.

Hasta que de pronto la puerta sonó a su espalda otra vez. Chirrió muy poco a poco, como si el viento la empujase. Artig fue a

volverse, mientras que de su garganta partía un rugido.

Ya no pudo, la persona que estaba tras él había sido más rápida y además contaba con todas las ventajas. El cuchillo se clavó salvajemente en la nuca del *gangster*, produciendo un seco chasquido. Artig ni llegó a darse cuenta de que moría. Sólo sintió un calambre y crispó los dedos, apretando el gatillo mecánicamente. La bala se perdió en el aire. El cuchillo se desclavó de su nuca y volvió a clavarse, ahora entre sus costillas, buscando el corazón.

Pero ya no era necesario. Artig estaba muerto ya después del primer impacto. Cayó pesadamente a tierra, soltando el arma.

Alguien retiró el cuchillo lentamente.

Era una mano dura, larga.

El silencio se había hecho otra vez en la habitación. Era un silencio atroz, que deshacía los nervios.

Hasta el rumor del viento se había detenido. Hasta el eterno crujido de los viejos muebles.

La puerta se abrió entonces.

Dos personas entraron en la habitación. Era lógico puesto que aquellas dos personas buscaban por todas partes y se habían sentido atraídas por el ruido del disparo. Gerald no vio nada, porque la luz era insuficiente para excitar sus retinas. Sólo sus pies chocaron con el cuerpo que estaba tendido cerca del umbral.

Se detuvo.

No oía nada en torno suyo; nada, ni siquiera la respiración de Clara Donovan.

Y no oía tampoco la respiración de quien tenía a su espalda. Del monstruo que le estaba mirando ya.

La puerta se cerró bruscamente.

Y entonces escuchó la voz de Clara Donovan. Una voz ronca, inesperada, extraña. Una voz que había cambiado cuando murmuró:

—Mátale, papá. Mátale. Pensaba valirme de él, pero ahora ya es demasiado peligroso.

CAPÍTULO XV

Gerald se volvió.

No veía más que sombras, confusas sombras, alucinantes sombras que se movían en torno suyo.

Y aquella voz de Clara... Aquella voz inexplicable, casi alucinante que gritaba:

—¡Mátale!

El cuchillo avanzó hacia él.

Aún estaba tinto de sangre de las anteriores víctimas. Aún goteaba. Pero Gerald no pudo verlo.

Estaba indefenso allí, aturdido por la sorpresa, como la víctima más fácil que hasta entonces había tenido el asesino.

Burt Donovan, el padre de Clara, se dispuso a asestar el golpe definitivo.

Sus facciones estaban desencajadas, sus dientes crujían.

Gerald no se movió. No podía saber dónde estaba el peligro. No lograba verlo.

Y en aquel momento, cuando la hoja de acero iba a penetrar en él, sonó un disparo.

Burt Donovan se estremeció. Todo su cuerpo fue brutalmente sacudido por el espasmo. Una mueca de increíble estupor se dibujó en su rostro.

Veía la silueta que acababa de aparecer por la puerta que había a un lado de los armarios. Distinguía aquel rostro que conocía bien. Y sentía en las entrañas el dolor de la muerte.

Con un soplo de voz aún pudo balbucir:

—Mar... ga... ret...

La madrastra de Clara, la mujer que había huido de Hartmoor, dejó caer lentamente la pistola al suelo, la pistola que antes había tomado del cadáver de Garner.

Clara también miraba a su madrastra con ojos desencajados.

No porque sintiera sorpresa, ya que sabía que estaba allí. No porque tuviera miedo. Pero no había esperado aquella reacción, ni menos aquella muerte, la de Burt Donovan, que echaba todos sus planes a rodar. Que para ella se había convertido en una catástrofe.

—¿Cómo te has atrevido a hacer esto? —murmuró mirando con odio a Margaret—. ¿Por qué has sido capaz de matarle?

—No quería que cometiera... un nuevo crimen.

Los dientes de Clara rechinaron.

Su rostro había cambiado. Parecía el de una loca.

—Tú lo has estropeado todo... —murmuró—. Lo has estropeado todo, maldita...

Gerald no podía creer aquellas palabras, y menos el odio que palpitaba en ellas. Las oía como si fueran una alucinación.

—Sé que lo he estropeado —dijo Margaret tristemente—, y te juro que en cierto modo no quería hacerlo. Ya casi me había habituado a mi amargo papel. ¿Piensas que no me di cuenta la primera vez que vi a una de las víctimas? ¿Piensas que aún estoy loca?

Con voz lenta, una voz triste que hacía daño, continuó:

—Sólo estuve loca una vez... Pero fue una especie de locura de amor, porque yo estaba trastornada por tu padre. Fue a causa de los celos... Fue cuando intenté matar a aquella amiga suya que él se había atrevido a traer a casa. Luego vino mi encierro, vinieron los años de soledad y para vosotros dos la fortuna.

Podíais gastar a vuestro antojo ya que mis bienes estaban totalmente en vuestro poder. Tú entonces te acostumbraste a los lujos más desenfundados, Clara. Descubriste un día que el dinero subyuga. Además, tu padre no te controlaba nada. Pensabas que ya no sabrías renunciar a aquella vida.

—No —dijo Clara ansiosamente—. No quería ni quiero renunciar a ella.

—¡Claro! Todo era tan maravilloso para vosotros dos. Para tu padre sobre todo, que podía hacer todo lo que le viniera en gana. Pero había un peligro: aquello iba a terminarse, los médicos decidieron que yo estaba completamente curada y que no era peligrosa. Iniciaron los trámites para pedir mi libertad al tribunal. Vosotros me habíais tenido en aquel sanatorio de lujo para que nadie murmurase y para que yo me sintiera bien y no deseara salir.

Vuestro plan era que muriese allí... Pero todo ser humano, hasta el más humilde, suspira por su libertad perdida. Ansiaba verme libre, salir de allí. Firmé la petición de libertad. Tu padre lo supo.

Clara se había apoyado en la pared con las dos manos. Parecía como si fuera a tomar impulso para saltar. Su rostro no era el mismo; ahora destilaba furia.

—Sí —masculló—, y vino una noche a verme. Me explicó que todo se hundiría si tú salías, porque nos quedábamos en la ruina. Tenías cien motivos para pedir el divorcio y dejarlo en la calle. Pero él había imaginado un plan. Lo primero era desaparecer, fingir que había muerto, pero de forma que pudiera reaparecer cuando le conviniera. Una cacería en África era la circunstancia ideal. Y a base de billetes lo montó todo.

—Pero tenía que dejar pasar el tiempo... —susurró Margaret—. No importaba de todos modos porque los trámites de mi liberación serían lentos. Tú los estorbaste bajo mano todo lo posible, hasta desesperarme. Y entonces fue cuando me propusiste huir, Clara. Tú me ayudarías. Estaba tan desesperada que... acepté. Y me trajiste a una casa de las cercanías, con algunos alimentos.

—Claro que pensaba arreglarlo todo... —dijo Clara con un soplo furioso de voz—. Pero a mi manera... Ya sabía que este colegio iba a venderse y pensaba comprarlo. Con una llamada atraje a una de mis viejas amigas aquí, a Norma Kimpson. Él. —Y señaló el cadáver— la mató. Nora debió morir como en sus viejos sueños, viendo una sombra que la perseguía. Él incluso me explicó que se había dormido en su vieja clase, mientras esperaba inútilmente a que yo acudiera. Luego fue lo de Lorena Hawson. ¿Qué más fácil que atraerla aquí? Además, ella era peligrosa desde otro punto de vista, porque había visto a mi padre. Sabía que él estaba vivo. Y mató a un hombre que él había enviado para eliminarla. Pero confiaba en mí. Quería explicármelo todo para que la ayudase. Y murió... También fue Burt quien lo hizo como ha matado a los otros. Claro que lo de esos buitres ha sido accidental. Si no hubiesen estado aquí, habrían vivido... Pero no convenía dejar posibles testigos a nuestra espalda. Y cuando más inexplicable pareciera, mejor. Esto tenía que ser la obra de una loca.

Margaret parecía hundida, derrotada. Diríase que la acusada era ella. Un íntimo, un terrible dolor debía lacerarle el alma. Con voz

ahogada preguntó:

—¿Por qué arrojaste aquel cuerpo a la piscina?

—Era lógico... Quería que al final Tom Gordon, el administrador, se decidiera a vaciarla. El cadáver sería descubierto y yo me acusaría a mí misma... Diría que había tratado de impedir por todos los medios que el cuerpo fuera descubierto... para salvarte a ti. La historia sería completa, perfecta. Una loca peligrosa, que escapa del manicomio cuando todos la creían curada, y que vuelve a matar. Su pobre hijastra que trata de encubrirla... Total, lágrimas en los ojos de las mujeres que formasen el jurado y absolución para mí. Y para ti otra vez el manicomio, pero ahora para toda la vida. Jamás lograrías salir de él. Y nosotros tendríamos tu fortuna sin preocupaciones... y para siempre.

—Pero ¿no pensaste que yo también podría acusarte? —balbució Margaret—. ¿Qué podría decir quién me ayudó a escapar?

—Claro que podías. Pero ¿quién te hubiera creído, desdichada? ¿A quiénes ibas a acusar? ¿A un hombre que desapareció en África hacía años? ¿A mí que tenía coartadas perfectas? No, no tenías salida. Los crímenes los habías cometido tú, maldita loca... Además, conté con una ayuda inesperada: Este hombre. —Y señaló a Gerald—. Por una serie de razones estaba aquí y entre papá y yo montamos en su honor una pequeña comedia en el sótano. Gerald ya sabía que yo había ocultado el cadáver en la piscina, de modo que sería un testigo estupendo. Pero además me oyó suplicarte que huyeras. Que lo dejaras todo. ¿Qué podía decir luego ante el tribunal? ¿Tenías alguna salida, Margaret? Pero ahora lo has derrumbado todo...

Iba a saltar sobre ella. Sus uñas buscaron el rostro de Margaret. Gerald fue a detenerla, pero no hizo nada.

En aquel momento la puerta se abrió otra vez. Un hombre alto, de facciones rudas, que llevaba un revólver chato en la derecha, masculló:

—Quieta, Clara Donovan. Quieta, puerca. No me obligues a disparar.

La muchacha lo miró alucinada, como si no creyese lo que sus ojos veían. Sus fuerzas fallaron. Estuvo a punto de caer.

El recién venido había amartillado el revólver.

—Soy el teniente Sullivan de la Metropolitana —dijo—. Hace

poco recibí una denuncia por desaparición de una muchacha llamada Nora Kimpson. Sus padres vinieron dos veces y me trajeron cartas, documentos... Al fin decidí investigar aquí. Y no puedo negar que he tenido suerte. He oído bastante para resolver el caso en tres minutos...

Hizo una enérgica seña.

—Sargento, las esposas.

Una especie de gorila avanzó por la habitación. Puso las esposas en las muñecas de Clara, que lloraba silenciosamente.

—Teniente —musitó Gerald—, yo... yo he de decirle algo. He matado a un hombre.

—Lo he visto abajo. Ya explicará su actitud, no se preocupe. Pero conozco lo bastante del asunto para saber que no debo detenerle ahora. Su mujer ha de estar aquí, ¿no?

—Seguro...

—Pues supongo que bastará su declaración para que usted quede libre de culpa, Gerald. No se preocupe, repito.

—Es que... Yo también quería decirle algo más, teniente. Es sobre esa muchacha. Ella, en realidad, no ha matado a nadie...

—Y le será tenido en cuenta. Sé lo bastante de eso para comprender quién es, o quién era, el verdadero culpable. Lo de Clara Donovan, es un caso de sumisión a una personalidad superior. Un caso, por decirlo así, que puede encajar en la debilidad mental. Yo creo que terminará ingresando en un centro psiquiátrico, como su madrastra. Por cierto, Margaret, ¿qué va a hacer usted?

Margaret parpadeó, su rostro adquirió una dignidad, un señorío que quizá había ido perdiendo durante sus interminables horas de encierro. Pero ahora volvía a ser lo que siempre fue: una dama. Y con lágrimas en los ojos susurró:

—Dios sabe que he deseado esa libertad... Que la he ansiado con toda mi alma... Ustedes no saben lo que es estar años en un manicomio, aunque este sea de lujo. Lo que es oír los gritos durante la noche, captar los rumores acerca de los que se suicidan, someterse a las sesiones de cura. Pero por eso mismo voy a volver allí. Quiero estar junto a Clara cuando la encierren.

Clara alzó los ojos hacia ella.

La miró, la miró muy fijamente, con una extraña intensidad.

Y de pronto rompió en llanto.

Gerald aún oía aquellos sollozos cuando salió de la habitación. Aquellos sollozos que hablaban al mismo tiempo de arrepentimiento, de gratitud y de pena.

Anduvo por los pasillos largos, interminables, como lo habían sido siempre.

En busca de la mujer que había estado dispuesta a dar la vida por él. En busca de Patricia Burton.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

